

Maria Enciso



Ensayos

Edición crítica y estudio introductorio
Mercedes Arriaga y Daniele Cerrato

Dykinson, S.L.

Colección
ANDALUZAS OCULTAS

Eva María Moreno Lago y Mercedes Arriaga Flórez
Directoras

Comité Científico

Patrizia Caraffi, Universidad de Bolonia, Italia
María Rosal Nadales, Universidad de Córdoba, España
Julia Benavent Benavent, Universidad de Valencia, España
Francesca Denegri Calderón, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima
Barbara Meazzi, Universidad de Cote Azur, Francia
Kostantina Boubara, Universidad de Tesalónica, Grecia
Silvia Manzo, Universidad de la Plata, Argentina
Marcelo Pereira, Lima Universidad Federal de San Salvador de Bahía, Brasil
Teresa Rodríguez, Universidad Nacional Autónoma de México
Mercedes González de Sande, Universidad de Oviedo, España
Gladys Lizabe, Universidad Nacional de Cuyo, Argentina
Nuria Capdevilla Arguelles, Universidad de Exeter, Inglaterra
Ana María Díaz Marcos, Universidad de Connecticut, USA
Rocío González Naranjo, Universidad Católica de l'Ouest-Bretagne Sud, Francia
Rodrigo Browne, Universidad Austral de Valdivia, Chile
Carolina Sánchez-Palencia Carazo, Universidad de Sevilla, España

Mercedes Arriaga Flórez y Daniele Cerrato (eds.)

MARIA ENCISO
Ensayos

Dykinson, S.L.

2023

María Enciso. Ensayos
Mercedes Arriaga Flórez y Daniele Cerrato (Eds.)

Esta publicación ha sido financiada con el proyecto “Andaluzas Ocultas: medio siglo de mujeres intelectuales (1900-1950)” que forma parte de los proyectos I+D+i FEDER Andalucía 2014-2020, con referencia US-1381475, y el Ayuntamiento de Sevilla.



Todos los derechos reservados. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse ni transmitirse sin permiso escrito de Editorial Dykinson S.L.

© De la introducción, edición crítica y notas: Mercedes Arriaga Flórez y Daniele Cerrato

© De los ensayos: Herederos de María Enciso

© De la presente edición: Dykinson S.L.

© Cubierta: Eva Moreno Lago

1º edición: 2023

Editorial Dykinson S. L.
Meléndez Valdés, 61 – 28015 Madrid, España
Internet: <https://www.dykinson.com/>
E-mail: info@dykinson.com

ISBN: 978-84-1170-212-6

ENSAYOS

María ENCISO

EDICIÓN CRÍTICA, INTRODUCCIÓN Y NOTAS
MERCEDES ARRIAGA FLÓREZ Y DANIELE CERRATO

SOBRE LAS AUTORAS

Mercedes Arriaga Flórez es Catedrática de Filología italiana en la Universidad de Sevilla. Fundadora y Directora del grupo de investigación Escritoras y Escrituras (HUM753). Dirige el proyecto de I+D FEDER de la Junta de Andalucía, junto con Daniele Cerrato, Andaluzas ocultas. Medio siglo de mujeres intelectuales (1900-1950). Ha sido Premio Meridiana de la Junta de Andalucía en 2016. Es autora de libros, traducciones, ediciones relacionadas con escritoras italianas y españolas y con estudios de género en literatura. Actualmente es la Presidenta de la Sociedad Española de los Italianistas (SEI). En 2021 ha sido nombrada “Cavaliere della Stella” de la República italiana por sus investigaciones y difusión de las escritoras italianas.

Daniele Cerrato es Profesor Titular de Filología italiana en la Universidad de Sevilla. Dirige el proyecto de I+D FEDER de la Junta de Andalucía, junto con Mercedes Arriaga Flórez, Andaluzas ocultas. Medio siglo de mujeres intelectuales (1900-1950). Dirige con Mercedes Arriaga Flórez el Proyecto I+D nacional “MenForWomen. Voces masculinas en la Querrela de las mujeres”. Ha sido coordinador del Proyecto europeo Erasmus Ka2 Eu Reading Circles. Compartiendo experiencias para la inclusión y la participación social. Cuenta con varias publicaciones relacionadas con la literatura italiana y española, los estudios de género y la Querelle de las mujeres.



Retrato de María Enciso.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN CRÍTICA

MARIA ENCISO

1. María Enciso. Apuntes biográficos	7
2. Patria, pueblo, paisaje y soledad.....	17
3. Referencias bibliográficas	38

OBRA

ENSAYOS

Sombra y presencia de Antonio Machado.....	45
Las mujeres en la novela de Galdós	57
La canción popular en el paisaje de España	66
Concepción Arenal, voz de justicia y libertad.....	79
La poesía y la guerra	87
Rosalía de Castro y la soledad	96
Juan Maragall o el alma de Cataluña	102

MARÍA ENCISO

Mercedes ARRIAGA FLÓREZ
Daniele CERRATO
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

1. MARÍA ENCISO. APUNTES BIOGRÁFICOS

A pesar que en las últimas décadas ha habido un mayor interés por parte de la crítica literaria, las informaciones y testimonios sobre María Enciso siguen siendo escasos, fragmentarios y a veces contradictorios.

Las biografías principales de la escritora se han basado sobre todo en testimonios indirectos, han privilegiado la descripción del entorno familiar y han creído reconocer erróneamente en la periodista Rosario del Olmo, el seudónimo de María Enciso, generando ulteriores confusiones y equivocaciones¹.

Frente a esta incertidumbre, estos apuntes pretenden presentar las etapas principales de su vida, basándonos sobre todos en las noticias que proporciona la misma autora en sus cartas y sus diferentes obras.

Como confirma su certificado de nacimiento, el 1 de abril del 1908 Francisco Pérez Castro, maquinista naval acude al Ayuntamiento de Almería para registrar la niña que su esposa,

¹ Entre los estudios dedicados a María Enciso que intentan reconstruir su biografía se señalan Medina (1987) y Sevillano Miralles, Torres Flores (2012). Sobre diferentes aspectos de sus obras y de su vida hay que mencionar por lo menos Albornoz (1976), Rodrigo (1997), Nash (1999), Dellinger (2001), Jiménez Tomé (2010), Montiel Rayo (2020), la edición de su poesía completa realizada por Fernández Collado (Enciso, 2022), Arriaga Flórez, Cerrato (2023), Sola Alonso (2023). Un renovado interés académico hacia María Enciso y su obra se demuestra también en las recientes investigaciones que se han realizado y se están realizando como el trabajo fin de grado de Yasmín Abdulrahman León (2022) y el trabajo fin de master de Marina Sola Alonso (2022) que en la actualidad está realizando una tesis doctoral dedicada a la escritora, en el ámbito del Proyecto I+D+i FEDER Andalucía 2014-2020 Andaluzas ocultas. Medio siglo de mujeres intelectuales (1900-1950).

Dolores Enciso Amat, perteneciente a una familia burguesa almeriense, había dado a la luz el 31 de marzo. El nombre completo que quedó depositado fue María de las Dolores Pérez Enciso, aunque todos los libros que la escritora almeriense publica los firmaría como María Enciso quizás para reivindicar el vínculo con la madre, con la que a pesar de la distancia geográfica que las separan a lo largo de sus vidas, siempre demostrará un lazo constante, subrayado a través de varias referencias en sus obras, como sucede en la primera estampa de *Europa Fugitiva. Treinta estampas de la guerra* (1941: 14), donde escribe: “Fue día tras día, una mujer joven con hijos alborotadores a su alrededor”, también en la dedicatoria de *Cristal de las horas*:

A MI MADRE

mujer fuerte y abnegada

en el dolor y en el sacrificio... (Enciso, 1942: s.p).

María crece entre Almería y Barcelona, donde la familia se transfiere por un breve periodo y donde nace su hermano Guillermo, mientras otro hermano Francisco ya había muerto en 1914 con sólo tres años.

A la ciudad andaluza donde transcurre su juventud permanece profundamente unida como demuestran las páginas que le dedica. En el poema “Almería del dolor y la muerte”, recuerda cuando los alemanes la bombardearon en 1937, el apartado titulado “Almería espejo del mar” en *De mar a mar* que comprende varios poemas dedicados a su ciudad: “El puerto”, “La vega”, “La ciudad”, “La plazuela”, “Campana de la vela” y “Serranía” o el texto “Almería, ciudad arábigo-andaluza presente en *Raíz al Viento*.

Y si es verdad que el paisaje “es un estado de alma”, con los ojos del espíritu y tamizado por el recuerdo, miramos el hermoso paisaje de Almería, la ciudad arábigo-andaluza, tal como lo llevamos dentro con su tibia claridad, por todos los caminos del mundo (Enciso, 1947: 154).

En el 1923, la admiten a la Escuela de Maestras de Almería, pero cuando en 1924 fallece su padre con cuarenta y cuatro años ya se encuentra en Barcelona donde probablemente se matricula en la Facultad de Magisterio.

Sobre el periodo barcelonés la mayoría de las noticias se obtienen a través de los escritos de la misma autora. En una carta dirigida a Gabriela Mistral fechada 11 de agosto 1943 recuerda que en 1927 conoció la poeta chilena en ocasión de su conferencia en la Residencia de estudiantes de Ríos Rosas. Enciso participa en las actividades programadas en esta institución con algunas de sus amistades más cercanas de aquellos años, entre otros, el poeta Miquel Ferrá, fundador de la residencia, del que María Enciso dice no haber vuelto tener noticias, que muere un año después en Palma de Mallorca y Lluís Nicolau d'Olwer, que tuvo que dejar España y que se casa con Palma Guillén amiga y colaboradora de Gabriela Mistral.

Han desfilado en un segundo, ante mí, escenas de cuando la conocí en Barcelona. El jardín de la Residencia, V. hablando de Cervantes – lo recuerdo perfectamente -, Palma Guillén, Lluís Nicolau d'Olwer, Miquel Ferrà y yo escuchando, y entonces yo tenía 19 años y era feliz.

Algunos años más tarde Enciso volverá a tratar del encuentro con Mistral en un texto incluido en *Raíz al viento*, recordando a varios de los escritores y artistas que solían frecuentar ese lugar durante aquellos años y como después del Franquismo el destino se vuelve diferente para quien como Eugenio d'Ors había decidido apoyar el régimen fascista y quien, en cambio, como el poeta mallorquín Gabriel Alomar muere en exilio en El Cairo.

Eran asiduos a la residencia, intelectuales y profesores catalanes, hoy todos, excepto muy pocos, fuera de Cataluña dominada por Franco. Entre otros, el doctor Augusto Pi i Sunyer, el doctor Jesús Bellido, José Rafols arquitecto y artista exquisito, Francisco de S. Aguiló, risuño y mordaz. Eugenio D'Ors, el “Xenius” de entonces, catalanista y pedante, hoy catalán renegado, pedante y filósofo de cabecera del “generalísimo”; el malogrado poeta y escritor mallorquín Gabriel Alomar – fallecido en el Cairo a donde le envió la

Republica y donde se encontraba exiliado –, el bondadoso y culto helenista Luis Nicolau d’Olwer (Enciso, 1947: 157-158).

En Barcelona María se casa con Francisco del Olmo pero se separa después de pocos años, probablemente en 1937. De este matrimonio nace una hija, Rosa del Olmo Pérez Enciso que siempre la acompaña cuando tiene que abandonar Barcelona para viajar primero a Francia y después a Latinoamérica.

Lo afirma reiteradamente la propia escritora en sus cartas a Gabriela Mistral:

No tengo mayores obligaciones donde vivo. Únicamente mi hija, que tiene siete años y va siempre conmigo (Carta 11 de agosto 1943).

No sé si podrá ser impedimento por usted el echo que tengo una niña de diez años [...] la saqué de dos años de España y con ella he recorrido medio mundo” (Carta 26 de junio 1946).

Por si se hubiera perdido mi anterior [...] voy siempre con mi hija, tiene diez años (Carta 5 de julio 1946)

En la ciudad catalana María Enciso se acerca a los movimientos sindicales y entra a formar parte de la UGT y del PSUC (Partido Socialista Unificado de Cataluña) y publica varios artículos en revista relacionadas con el partido socialista y con el sindicato como *Las Noticias*, *Treball* y *La Companya*.

En la capital catalana trabaja como inspectora de trabajo y su acción siempre está dirigida para apoyar y sostener la causa de las mujeres, en cuestiones sobre formación y especialización profesional relacionadas con la paridad salarial y la igualdad de derechos, como explicará en otra de sus cartas a Gabriela Mistral (carta 23 agosto 1946) cuando se ofrece para ayudarla como secretaria o para otras tareas.

Mi profesión, a parte de escribir, es Servicio Social. En España era inspectora de Trabajo, conozco bien las cosas profesionales femeninas, orientación profesional, etc. Se lo digo por si pudiera ser útil este dato.

En otra misiva del 26 de junio del 1946 le recuerda como al salir de España había trabajado como secretaria en Bruselas en las embajadas de Cuba y de Chile.

Cuando en enero del 1939, durante las últimas fases de la guerra civil, las tropas franquistas están a punto de entrar en Barcelona, Enciso deja la capital catalana para participar en una misión en Bélgica en la que acompaña la evacuación española.

En la introducción de *Europa Fugitiva* ilustra las principales etapas de este viaje al lado de Isabelle Blume, diputada Belga y gran defensora de los derechos de las mujeres. También explica algunos de los viajes que la llevaron a Latinoamérica.

Salí de España en enero de 1939, con una misión oficial, Delegada de Evacuación en Bélgica. Por razones de mi cargo, presencié y acompañé la evacuación española. Recorrí todos los campos de concentración de Francia para formar un grupo de niños que Bélgica acogía cariñosamente. Me acompañó en esta triste peregrinación, una delegación del Gobierno Belga, presidida por la diputada Isabelle Blume cuya despedida emocionada encabeza este libro. En Bélgica residí, vinculada al Cuerpo Diplomático sudamericano, hasta que fue invadida. El día 13 de mayo de 1940, salí del país, hacia Francia. Más tarde crucé Inglaterra y embarqué en Liverpool, en un barco inglés hacia las playas americanas. Esto ocurría en los últimos días de junio (Enciso, 1941: s.p).

También en *Raíz al Viento* en la nota titulada “Bélgica liberada”, recuerda los dolorosos momentos de la guerra civil española y los compara a los acontecimientos de la segunda guerra mundial citando las palabras de una carta recibida de su amigo escritor Fernand Rigot, que había participado de manera activa en la Resistencia contra las tropas nazi, anhelando el mismo destino para España:

Habíamos dejado atrás escenas bien diferentes. Un pueblo en guerra, tres años interminables y ya en los últimos momentos de una resistencia casi inverosímil por la heroica y desesperada [...] Del suelo belga nos echaron los mismo que nos habían cerrado las puertas de nuestra patria. Los nazis [...] Y después de un largo silencio a los cuatros años, la liberación y una carta

de viejos amigos: “Hemos intervenido todos en la Resistencia [...]. Inútil decir cual ha sido nuestra vida en estos terribles años [...] Espero que poco a poco podamos reanudar nuestra vida de siempre. [...] Y espero que juntamente con nosotros podáis disfrutar de una paz y e una libertad en vuestra patria que bien ganadas la tenemos todos”. Hasta aquí la carta de un gran escritor belga: Fernand Rigot. [...] Por ella podemos deducir parte de los sufrimientos de ese gran pueblo. Y adivinamos también la sorpresa en su liberación, cuando hayan visto, cuando hayan sabido, que en los momentos de júbilo para su país y para toda Europa, todavía el pueblo español no ha podido reintegrarse a sus hogares, y que toda España es una cárcel y un campo de concentración (Enciso, 1947: 168-171).

Cuando escribe es el año 1944 (la obra se publica tres años más tarde), ya se encuentra en Bogotá y tiene esperanza de poder regresar a España. Expresará la misma ilusión en la última carta de su correspondencia con Mistral, con fecha 22 de octubre 1947:

Lo triste es que existan gobiernos fuertes que apoyen a un régimen tan absurdo como el que hoy tiraniza a nuestra hermosa tierra. Esperamos que un día podamos volver a ella en libertad.

No podrá regresar y todas sus obras se publican en Latinoamérica. Es sobre todo en Colombia que se desarrolla su trayectoria literaria más intensa, donde publica *Europa Fugitiva*. *Treinta estampas para la guerra* (1941), el poemario *Cristal de las horas* (1942), pero también escribe las dos obras que se publican posteriormente en México: el poemario *De Mar a Mar* (1946) y *Raíz al Viento* (1947). Es la misma Enciso a desvelarlo en la carta que el 11 de agosto 1943 envía a Gabriela Mistral, en la que después de haberle remitido anteriormente su libro *Europa Fugitiva* le anticipa que le hará llegar *Cristal de las horas*, le habla de sus colaboraciones periodísticas y sus futuras obras *De mar a mar* y *Raíz al viento*, pidiéndole también que escriba el prólogo de su libro de poemas *De mar a mar*.

[...] Publiqué otro libro, en septiembre, - ya casi hace un año -. Este es de poesía [...] *Se llama Cristal de las horas* [...]. Con esta misma fecha, se lo envió [...]. Sigo escribiendo. He escrito siempre y especialmente en estos últimos tiempos. Tengo colaboraciones fijas en *El Tiempo* y la *Revista de las Indias*, de Bogotá, en ambos sitios me han abiertos los brazos, y cuento con verdaderos amigos. ¡Nunca podremos olvidar la acogida de América! Y ya tengo listos dos libros más. Uno de poesía [...] y otros de relatos, narraciones de exilio y de consecuencias de guerra, más bien. Pero temo no poder publicarlos. Aquí es muy cara la edición, y hay una gran dificultad de distribución por la sencilla causa que no hay distribuidoras. Todo ha de hacerlo el propio autor. [...] Y ahora cogiéndole la palabra, una súplica. ¿Quiere usted prologarme el próximo libro de poesía? ¿Le es fácil ponerme en relación con algunas editorial chilena o argentina que lo edite o lo distribuya? Si le parece bien, le mando el original, y en sus manos lo dejo, si lo cree digno de ser prologado por usted, que será un gran honor para mí, y hará mucho bien al libro.

También en *De mar a mar* introduce un apartado titulado “Exilio” con la siguiente dedicatoria:

A la tierra generosa de Colombia, que me hizo conocer en cinco años de mi vida, mi propia inquietud. A mis amigos colombianos que nunca olvidaré (Enciso, 1946: 41).

A Mistral le escribe que ha trabajado en programas de radio, literarios, musicales en Colombia y en Cuba y que en el momento de la carta está dirigiendo “una revista femenina muy divulgada aquí, no es literaria sino de todo un poco”, que podría ser *Paquita del jueves*. En estos años escribe también en otra revista *El Sábado*.

En este escenario no es de extrañar que la introducción de *Raíz al Viento* esté firmada por el embajador de Colombia L. E. Nieto Caballero que, mediante un retrato de la escritora y un recorrido a través de sus obras, resalta su vínculo con su nuevo país, las amistades (la misma Enciso lo confirmaba en la carta a Mistral) y como se había integrado perfectamente en el ambiente literario, cultural y periodístico.

Cuando se presentó a Colombia, María Enciso venía de un gran dolor [...]. En sus ojos, cuya extraordinaria dulzura era como una invitación a que el paisaje y las formas lo fueran de igual modo, se reflejó la desolación de las ciudades ametralladas y el pavor de los rostros desfigurados por la ansiedad, por la pena moral, por el hambre, por la desolación, por el espanto. En su alma, como en una hoguera, era llama la protesta. Su rostro conservaba la serenidad. Escribió un libro, “Europa fugitiva”, donde los hechos lúgubres, fielmente referidos, en una prosa diáfana pero torturada, despertaban el horror por los hombres, que así habían pecado contra Dios y contra la justicia, y explicaban esta despedida al solar familiar, a los recuerdos, al cariño de tantos seres esparcidos en la patria, para el éxodo hacia lo desconocido. Ese desconocido para su fortuna fue Colombia. Digo fortuna, porque no tardó en hacerse allá a la simpatía, luego a la admiración, y por último al afecto profundo, de todo aquellos que a ella se acercaban. Sus condiciones ejemplares de mujer que llegaba a trabajar para los suyos, su talento de escritora, su inspiración de poetisa, la suavidad con que sabía hablar aun de aquello que la había herido y que la había alejado del caro suelo español sabe Dios por cuanto tiempo, le ganaron prontamente amistades entrañables. En el periodismo y en la literatura encontró el trabajo redentor y al propio tiempo el consuelo y la razón para una nueva vida. Publicó en Bogotá un libro de poemas – Cristal de las Horas – que saltan como un rayo cristalino, en los que musicales son, y como en sordina, la canción y la queja. Publicó también en los diarios y revistas estudios críticos de rara penetración, descripciones de ciudades y paisajes, artículos saturados de emoción, cuentos encantadores, notas en que quiso fijar estados de alma que tuvieron la vibración del dolor, del ensueño o de la música (Enciso, 1947: 5-6).

Durante los años de exilio la situación de España sigue siendo una referencia constante en sus textos en prosa y verso, también su militancia y consciencia antifranquista se mantiene viva.

Sus ideales libertarios ya se manifiestan en la carta enviada desde Barranquilla a Gabriela Mistral con fecha 11 de agosto 1943. Se trata de una misiva que representa la respuesta a otra

carta donde la escritora chilena presumiblemente le pide que lleve sus saludos a la poeta e dramaturga colombiana Amira de la Rosa. En la respuesta Enciso explica que no puede hacerlo ya que no tienen ninguna relación con ella, sobre todo debido a la amistad de de la Rosa con el falangista Ginés de Albareda que había sido enviado a Colombia para encontrar financiación y apoyo entre los españoles y la población colombiana que residían allí.

Siento mucho no poder abrazar a Amira de la Rosa. Estamos distanciadas. ¿Causas? Ella es muy retraída y yo también, y, además, su intimidad con Ginés de Albareda, a quién tuvo hospedado en su casa el pasado año y a quién protegió extraordinariamente, y cuyas actividades falangistas V. debe conocer, han motivado un alejamiento. Lo siento porque hubiera podido ser una amiga en esta, pero yo llevo demasiado abierta la herida de mi patria, y no puedo dejar de ser lo que soy. Una española al servicio de mi España que no es la de Franco.

De Colombia Enciso viaja a Cuba y después a México donde publicará sus últimas dos obras. Allí encuentra el apoyo y complicidad de otra española exiliada, Concha Méndez y de su marido Manuel Altolaguirre. Ambos habían abandonado España y después de vivir en Cuba se habían trasladado a la capital mexicana. *De mar a mar* se publica, quizás gracias a la intercesión de Mistral, en la editorial Isla, fundada por el matrimonio. Ciertamente es que el prólogo que en un primer momento Enciso había pedido a Mistral, lo escribe Concha Méndez a través de unas seguidillas que recuerdan y unen el destino de las dos escritoras españolas exiliadas.

Por una misma causa
que defendimos
llegamos a estas tierras
María Enciso.

Y aquí nos encontramos
por vez primera
después que atravesamos

¿cuántas fronteras?

Rumores de paisajes
de soles nuevos
llevas de esos viajes
aventureros.

Todo ello se refleja
en tus canciones
y en tu misma persona
llena de dones.

Engarzados recuerdos
y sentimientos
reflejan tus poemas
¡ qué bien los siento!

Dale gracias al Arte,
a la Poesía,
que es la gran compañera
la que nos guía (Enciso, 1946: s.p).

El tema del recuerdo doloroso de la patria lejana atraviesa todo el poemario a partir de las palabras elegidas para abrir el volumen, “Pienso en España/ vendida toda, / de río a río/ de mar a mar/ (Enciso, 1946: s.p) hasta el “Tu me dueles España”:

Tú me dueles, España. Cuando yo te miraba
profunda herida, abierta sobre el mar,
eras la vida que la muerte ansiaba
en las horas sin rumbo, de mi sangre [...]

Tú me dueles, España. Y este dolor profundo
lleva tu clara huella, perfecta, definida.
Clavada está mi planta en tu arenosa orilla,
y mis manos se abren sobre tu tierra áspera
y mi sangre, en tu sangre, diluye su agonía,
y estoy en carne viva, sobre tu cruz, tendida (Enciso, 1946: 22-23).

En México, si se excluyen algunas breves estancias en Cuba, Colombia y Venezuela como menciona en la carta a Mistral del 27 septiembre del 1947, María Enciso trascurre sus últimos años hasta el 1949, cuando muere con solo 41 años después de una operación de apendicitis. En aquel momento su hija Rosa del Olmo Pérez Enciso tiene trece años. Crecerá en Venezuela y realizará una brillante carrera académica, convirtiéndose en una figura relevante en los estudios sobre criminología, siguiendo las huellas de su madre en luchas y batallas en defensa de los derechos de las mujeres.

2. PATRIA, PUEBLO, PAISAJE Y SOLEDAD

Los siete textos que se presentan en estas páginas constituyen la primera parte del libro *Raíz al viento*, editado en una primera y única edición en México, en 1947². María Enciso los agrupa bajo la denominación de “ensayos”. Nuestra elección de publicarlos nuevamente responde a la necesidad de dar a conocer una faceta olvidada de nuestra autora: la de crítico literario militante, que practica este género literario partiendo de presupuestos estéticos y políticos dictados por su condición de escritora republicana exiliada.

² En Bogotá María Enciso colabora como periodista en *Sábado*, *Revista de las Indias* y *Tiempo*, pero también escribió columnas más livianas y populistas para el semanario *Paquita del Jueves* (Méjico) y en *Diario de la Marina*, de La Habana, en la sección “Moda femenina”. En México escribe para *Las Españas. Revista Literaria* (1946-1956), en la que firman artículos otras escritoras exiliadas, como María Dolores Arana, Margarita Nelken, María Zambrano, María de la O Lejárraga, Isabel Oyarzábal o Aurora Arnáiz, y en la que se dan a conocer obras de Ernestina de Champourcín, Mercè Rodoreda, Rosa Ballester y de la misma María Enciso. También escribe para la revista *Rueca* de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, que inició su publicación en 1941, en compañía de otras españolas como Mada Ontañón (Mada Carreño), María Zambrano, Concha Méndez, Nuria Balcells (Nuria Parés), Ascensión Chirivella Marín y Águeda Fernández (Montiel, 2022). *Raíz al viento*, recopila diferentes artículos publicados ya en diferentes periódicos y revistas de México y Colombia y fue posible gracias a intervención de la poeta Gabriela Mistral, a quien María Enciso había acudido para publicar estos ensayos (Montiel, 2020).

A pesar de la variedad de temas que afronta: Antonio Machado, personajes femeninos en la novela de Galdós³, Concepción Arenal, Rosalía de Castro, la poesía y la guerra, la canción popular en el paisaje de España y Juan Maragall, existen una serie de hilos conductores que los unen y que responden al horizonte ético y estético que María Enciso representa y que se identifica con la escritora-intelectual que se implica en los acontecimientos históricos que atraviesan también su vida. Los temas recurrentes son la Patria, el pueblo, el paisaje, la guerra y la soledad. Conceptos relacionados entre sí, presentes en la historia colectiva de España y en la historia personal de nuestra autora.

Las escritoras y escritores que María Enciso escoge para ejercer su crítica literaria responden a un contra-canon literario que también puede considerarse un diario de lecturas personales, un breviario genealógico de antecedentes, en los que el pasado literario se reactualiza para hablar de la condición del presente, tanto a nivel personal, como a nivel colectivo y político de quienes como María Enciso viven el exilio (Domínguez, 1998). En la selección de textos juega un papel determinante su condición de escritora exiliada republicana, que subraya la aportación a la cultura española de mujeres escritoras-intelectuales como Rosalía de Castro y Concepción Arenal, y la trascendencia de la representación simbólica de lo femenino en la obra de autores como Benito Pérez Galdós. Podríamos decir que los ensayos aquí reeditados recogen, junto con el compromiso político de María Enciso con los valores republicanos, un punto de vista ginocrítico, en el doble sentido que Showalter (1999) presuponía para los textos: como análisis de las estéticas de las escritoras y como presencia de personajes femeninos en los textos de escritores.

María Enciso, como otras escritoras republicanas exiliadas, muestra su doble compromiso con la igualdad de género y la

³ María Enciso había publicado anteriormente en el semanario *Sábado* en 1944 el artículo de “Sombra y presencia de Antonio Machado, recitado previamente, en febrero de 1944, en el Ateneo Republicano de Bogotá, La poesía y la guerra” y “Rosalía de Castro y la soledad”. En cambio, “Las mujeres en la novela de Galdós” se publicó en junio de 1948, en el número 21 de la revista *Mujeres Antifascistas Españolas*.

igualdad de clase (Nieva, 2019). Su elección se aleja de la obsesión centralista del régimen franquista, es equilibrada desde el punto de vista del género: dos escritoras y tres escritores, que responde a una visión plural de la literatura española al incluir autores y autoras geográficamente periféricos, representantes de otras lenguas como la gallega y la catalana, pero también privilegia géneros literarios menos prestigiosos culturalmente como la canción popular y sus intérpretes. Paralelamente, como escritora feminista y republicana, que escribe desde el presente, propone modelos literarios no hegemónicos para el futuro.

A pesar de que solo un ensayo está dedicado a la guerra, la palabra clave que recurre en la totalidad de estos textos es “heroísmo”. De quien protagoniza sus ensayos, se subraya que han sorteado las dificultades cotidianas y han logrado dar voz a los más débiles, a los silenciados, equilibrando, a través de su escritura, las desigualdades sociales. Los escritores y escritoras cuyas semblanzas se trazan en estas páginas, son emblemas, iconos nacionales, héroes y heroínas civiles que nada tienen que ver con lo bélico, unidos por un mismo sentido ético del oficio de escritura, que María Enciso también comparte, y que responde al ideal del intelectual comprometido no solo con reflejar la realidad que lo circunda sino también con transformarla.

La técnica utilizada en estas semblanzas sigue un patrón parecido que nos aleja del género ensayístico para adentrarnos en lo narrativo de tintes legendarios y fabulosos, con la mitificación de los lugares y los acontecimientos que envolvieron sus vidas. Tanto en el texto dedicado a Concepción Arenal como en el de Rosalía de Castro, María Enciso utiliza una técnica cinematográfica⁴ de aproximación, haciendo primero un recorrido descriptivo del escenario geográfico para luego colocar en un primer plano a la persona. En la presentación de Concepción Arenal escribe:

⁴ Señalada también por Dellinger cuando habla de otros ensayos: “Todas las crónicas encisianas que rememoran lugares españoles tienen un aspecto de documental cinematográfico en el que la ensayista intercambia vistas panorámicas con líricas tomas cercanas de escenas campestres o monumentos históricos cuyos pormenores no faltan en la descripción, como si estuviera ella en medio de todo, subiendo y bajando la vista para que no se le escapara ningún detalle” (Dellinger, 2001: 56).

Año de 1820, día 30 de enero y en Galicia, una noche lluviosa en el Ferrol. Una callecita estrecha y retorcida, una casa de paredes blancas y puertas pintadas de verde, con suelo entarimado y carpetas de anea, balcones sobre el mar Cantábrico, que se oye, borrascoso e impresionante en esa noche tormentosa de invierno gallego. En la casa vive D. Ángel José del Arenal y su esposa doña Concepción Ponte Tenreiro, y en esa noche acaba de llegar al mundo, su primera hija: Concepción Arenal.

Es evidente el paralelismo con el *incipit* del capítulo dedicado a Rosalía de Castro, en la que la narradora omnisciente atribuye al paisaje las cualidades de quien va a introducir después:

Perfilando el cabo Finisterre, se destaca en la costa noroeste de España la confluencia de dos mares: el Atlántico, abierto hacia las tierras de América, y el Cantábrico, encerrado entre los escollos, acantilados y quebradas, que se encuentran en toda la costa nórdica de la Península. Esa esquina “fin de la tierra”, realidad de piedra erguida, roca afilada hendiendo el horizonte, último baluarte continental de Europa, es Galicia.

Paralelamente la atribución a la persona de ciertas características de su entorno, sobre todo de su paisaje y de su pertenencia regional resulta clave, en una especie de osmosis: “Juan Maragall, poeta del paisaje y del pueblo, alma de Cataluña, se identifica con el sentir popular en una fusión espiritual desbordante de poesía que es a la vez realidad y ensueño”. Como otras escritoras y escritores de la Generación del 27, María Enciso utiliza el paisaje como una forma de conectar con la memoria colectiva y expresar su compromiso con las tradiciones literarias y folklóricas del país, pero también como escenario trascendente en el que coloca el perfil de sus retratos. De Concepción Arenal escribe: “Por ese balcón mirará la niña la lejanía umbrosa del paisaje, con ojos precozmente abiertos al ensueño, mientras la abuela se asusta de su triste mirada”. Se produce esa osmosis entre paisaje y persona, donde el primero significa un origen que condiciona y marca el destino

de la vida futura: “La montaña influye en ella extraordinariamente, porque la ama como a sus sueños, como ama la sombra doliente de su padre, y ha de abandonarla a los catorce años [...] Siempre llevará con ella el paisaje de la montaña lo mejor de su infancia: en la ciudad esperan los libros, el amor y la guerra civil”.

En cambio, en los ensayos dedicados a Machado y Juan Maragall, María Enciso prefiere una estructura fragmentada que le permite ordenar sus vidas a través de pequeños capítulos que también se asemejan: el poeta, su poesía, la soledad, la guerra en el caso de Machado y un pueblo, un paisaje, un poeta, el amor, una danza, un espíritu, en el caso de Maragall.

La aproximación a los textos y a las vidas conlleva una fuerte carga lírica y emocional. A través de sus comentarios análisis y valoraciones, María Enciso se aleja de lo conceptual y abstracto para encarnarse y constituirse deliberadamente en personal, autorreflexiva y autorreferencial⁵. El pasado histórico-literario está atravesado por la afinidad, el paralelismo y el espejo y por una concepción circular de la historia, en la que los acontecimientos del pasado lejano encuentran su correspondencia en el reciente.

El yo que escribe se coloca en relación dialógica con los textos y figuras que escoge para su análisis, construyendo al mismo tiempo un archivo de la memoria personal y colectiva, ateniéndose a lo que Elisabeth Jelín llama la “memoria interior” (Jelín, 2002), en la que el la primera persona deja rastro de sí misma y participa activamente en el texto, incorporando su propia experiencia, sus emociones y sus creencias y sobre todo, su mirada como poeta y narradora.

La crítica literaria de María Enciso se constituye en una forma más de militancia política, como escribe en *Europa fugitiva*, algunos años antes: “Llevo demasiado abierta la herida de mi Patria, y no puedo dejar de ser lo que soy. Una española al servicio de mi España, que no es la de Franco” (Enciso 1943: 2).

⁵ Como sucede en otra escritora republicanas, como Luisa Carnes, Silvia Mistral, Mada Carreño o Gabriel Paz, sus ensayos están entretrejidados de carácter autobiográfico y los mismos temas también aparecen en sus obras de creación (Vicens, 2021).

La reapropiación, reivindicación de la Patria está relacionada con la reapropiación/creación de sus símbolos culturales. María Enciso descarta la posibilidad de reconstruir objetivamente el pasado (Gusdorf, 1991), y prefiere mostrarlo a través de historias de vidas concretas, emblemáticas de toda una época, que se convierten, además, en una forma autobiográfica por fragmentos, en donde se utilizan otras figuras para expone la propia ética-poética, compartida con quienes son su objeto de estudio.

La reconstrucción de las experiencias vitales de Antonio Machado, Benito Pérez Galdós, Rosalía de Castro, Concepción Arenal o Juan Maragall se convierte en medio de interpretación de la realidad histórica de su tiempo, a la vez que se subraya la equivalencia entre literatura y ciertos valores, como el ejercicio de la libertad y el compromiso social.

Su estética se coloca deliberadamente lejos de la tendencia del arte deshumanizado, en el que está ausente tanto la realidad exterior como la interior de quien escribe⁶. Contrariamente a muchos de los poetas del 27, que desde el comienzo de su trayectoria literaria como grupo, proclamaron la autosuficiencia del arte prescindiendo de todo lo relacionado con lo humano (Diez de Revenga, 1987), para María Enciso la valoración de la obra literaria no puede desligarse de su compromiso con la realidad social e histórica. En consecuencia, la figura del escritor debe romper con la hegemonía de la élite cultural para mostrarse cercano a la multitud anónima, portavoz de sus inquietudes. Pertenezca o no a la misma clase social que los subalternos, debe experimentar en carne propia sus avatares, al

⁶ José Ortega y Gasset había publicado en 1915, su ensayo *La deshumanización del arte*, en el que se defendían los principios del arte abstracto, del arte por el arte, de la tajante separación entre arte y vida, que tuvieron un influjo decisivo en la literatura de vanguardia. María Enciso se coloca conscientemente en las antípodas de estos presupuestos, para seguir la posición que sostiene Juan de Mairena: “Porque si el artista ha de crear, y no a la manera del dios bíblico, necesita una materia que informar o transformar, que no ha de ser —¡claro está! — el arte mismo. Porque existe, en verdad, una forma de apatía estética, que pretende substituir el arte por la naturaleza misma, se deduce, groserísimamente, que el artista puede ser creador prescindiendo de ella” (Machado, 1971: 222-223).

mismo tiempo que reconoce la validez de conocimiento que estos producen. Es decir, entre quien escribe y quien lee o escucha se produce un intercambio de conocimientos y experiencias, como sostenía Antonio Machado, que se consideraba a sí mismo un “folklorista aprendiz, (...), de saber popular” (Machado, 1963: s/n). Los textos analizados por María Enciso ya no reflejan su relación con la historia de la literatura, sino entre ellos, entre los sujetos que los han creado y entre el sujeto que los está examinando a luz del presente y de sus propias circunstancias vitales.

El título, *Raíz al viento*, que da nombre a la antología en la que aparecen estos ensayos, entronca su contenido con el ejercicio de la memoria en la compensación de la exiliada, que ve sus raíces con la patria mutiladas⁷ y que intenta recuperar a través de la pertenencia a una comunidad cultural imaginaria, formada por otros escritores y escritoras con los que comparte un mismo origen geográfico, pero también una afinidades éticas y políticas y similares experiencias vitales. Como se ha subrayado ya de otras escritoras, las memorias individuales de las exiliadas “mantienen un diálogo con el pasado para intentar dar a luz una memoria colectiva que prevalezca sobre la amnesia y la deformación” (Martínez Fernández, 2006).

Enraizarse a la tradición literaria significa reforzar el sentido de pertenencia a la nación, marcar una continuidad y anular la distancia temporal y espacial, lo que equivale a anular el destierro, aunque sea solo desde un punto de vista utópico, ideal e imaginario. Como sostiene Jelín, la “cultura de la memoria es en parte una respuesta o reacción a una vida sin anclajes o raíces” (Jelín, 2002: 50).

En este sentido, la soledad y el olvido son otros dos temas subterráneos que afloran en varias de estos ensayos. Imposible no rastrear la huella autobiográfica de María Enciso directamente relacionada con su propio olvido y con la muerte en vida que sufre como desterrada, sobre el telón de fondo de

⁷ Como sostiene Arturo Medina, la patria “por quitada de ella, por echada de ella” se constituye en “el epicentro universal influido en su vida toda” (Medina, 1987: 52).

una sociedad española que tras la guerra civil menosprecia y rechaza el modelo de mujer republicana (Mangini, 1995: 142).

Aparece en el título del dedicado a Machado: “Y como siente la soledad como una enfermedad incurable, se hace más profundo su dolor, y llega a contener la angustia del mundo en su corazón”. También está presente, como un eco, en las canciones populares: “Cantar de nostalgia y de resignación fatalista, henchido de belleza y poesía. En los solitarios meses del invierno, meses de soledad en las llanuras castellanas, nevadas y desiertas, las voces de mujer son las únicas que el aire lleva consigo”. En la celda de Miguel Hernández: “en un arranque de amor y soledad”. El ensayo dedicado a “Rosalía de Castro y la soledad” gira completamente en torno a ese tema: “Mujer de incurable tristeza, vivió en soledad llorando sobre el bello paisaje de su tierra, la tragedia de su misma vida”.

En la reiteración de este tema podemos leer los estados de ánimo propios de la exiliada: pérdida, soledad, tristeza. Como sostiene Arturo Medina, “en María Enciso se hace verdad lo de que el paisaje es un estado de alma [...] inmersa en su tragedia nunca superada, proyecta a su entorno, o al que se forja, su depresión, sus inesperanzas, su destino” (Medina, 1982: 40). En ese sentido es representativo que su mirada se dirija sobre las mujeres. De Galicia, tierra de Rosalía de Castro, se destacan “mujeres enlutadas, mujeres tristes y solas” y “la voz doliente de las mujeres galaicas, más solas que nunca con su dolor y su tristeza”.

La tragedia de las mujeres en esa región. Que el amor, se vaya lejos, cruzando el mar, hasta regiones en donde la vida sea menos difícil, mientras ellas quedan esperando al que quizás ya nunca volverá.

El sentimiento de soledad va unido al del olvido y a la incompreensión por parte de los contemporáneos referido a Antonio Machado, Rosalía de Castro, Larra, Bécquer y Concepción Arenal⁸ e indirectamente también a los exiliados y a

⁸ La admiración y la influencia por Concepción Arenal puede apreciarse en la elección del título que María Enciso escoge para uno de sus libros: *Europa*

ella misma. Presente y pasado se encuentran en términos “dialógicos” más que lineales y caracterizan un yo ensayístico que salta constantemente de las circunstancias concretas del personaje a lo general filosófico, donde se mimetiza mejor lo íntimo y personal de quien escribe: “En todas las cosas hondas e invisibles, esas “que viven y que no se ven, a las cuales vivimos unidos fatalmente. A los viejos recuerdos, que duelen como una profunda herida, cerca de nuestro anhelo, en la hondura de nuestra propia soledad”. El párrafo se refiere a Rosalía de Castro, pero su planteamiento atemporal, y la implicación de quien escribe a través de la forma plural “nuestra propia soledad”, permite una ambigüedad compartida entre pasado y presente.

Hablando de Rosalía y Bécquer, María Enciso escribe: “Ambos fueron ignorados por sus contemporáneos”, y en el ensayo dedicado a Concepción Arenal: “Su voz clamó en el desierto porque la frívola sociedad española no podía escuchar a aquella mujer”. Su figura es un antecedente político y de mujer importante para el modelo que las mujeres republicanas y también María Enciso, representan: “Vivió en años de efervescencia política de su patria, y también de grandes incomprendimientos, casi podríamos decir que vivió más allá de su tiempo, y que una de las mujeres del porvenir que preconizaba, era ella misma”. No olvidemos que María Enciso antes de la guerra civil, también fue una activista política del Partido Socialista Unificado de Cataluña y participó en el movimiento feminista, antifascista y sindical catalán en el que reivindicó la incorporación de las mujeres al trabajo remunerado (Nash, 1999).

De Concepción Arenal se subraya su empeño político y social en pos de la justicia, pero sobre todo las dificultades que tuvo para afirmarse como mujer en un mundo de hombres, su marginalidad, y al mismo tiempo, su constancia y su carácter de mujer pionera, que anticipa las mujeres del futuro, es decir, a las

fugitiva. Treinta estampas de la guerra (1941), que se inspira en *Cuadros de la Guerra* que Concepción había publicado en 1880 y con el que comparte una actitud de rechazo de la violencia y de denuncia de la barbarie que supone la guerra.

mujeres del presente desde el que María Enciso escribe: “¿No es admirable que al repasar sus libros, encontremos en sus páginas muchos párrafos aplicables a nuestra vida de hoy, y muchas iniciativas que todavía no se han llevado a cabo?”. Su historia personal se enlaza a la historia colectiva de la nación, mientras que su pasado romántico y liberal se refleja en el presente modernista y republicano.

Como sostiene María Jesús Piñeiro (2014), las escritoras sufrieron un doble exilio por su condición de mujeres y de exiliadas, por la que se vieron alejadas de la vida intelectual española y por la que perdieron los derechos adquiridos en la República. Es precisamente esta ruptura la que María Enciso pretende remediar de forma simbólica, a través del diseño de una tradición genealógica con las escritoras a las que rinde homenaje y de las que se siente continuadora:

A la distancia de un siglo, la voz dolorida de Rosalía, llega hasta nosotros, hasta nuestro dolorido ensueño. Llega en la voz de las campanas, en el rumor del viento, en el lejano pinar, en el oscuro sueño de las noches, en la voz doliente de las mujeres galaicas, más solas que nunca con su dolor y su tristeza.

Concepción Arenal supone un nuevo modelo de mujer contestaría, como el mismo modelo de mujer republicana que María Enciso representa, que se opone a la iconografía del régimen que se ha instaurado en España, en el que “las normas culturales franquistas volvieron a catalogar a las mujeres como ángeles, vírgenes o putas” (Nash, 1999: 258).

A ella no le importa romper los moldes trillados para la mujer: las labores de aguja, los idiomas y las lecturas de novelas románticas. Quiere ser algo más que un objeto, se atreve a querer pensar. Concorre también vestida de hombre a las tertulias literarias, se ha cortado el pelo, supremo atrevimiento en la sociedad española del siglo XIX, y se entera y opina en las intrigas políticas.

Concepción Arenal es una figura paralela en la que ve reflejada su propia vida, utilizando ese discurso deliberadamente

ambiguo en el que se difuminan las categorías de sujeto y objeto de la escritura:

¿Voz de humanidad, o justicia y de mujer? Imposible que fuera escuchada; pero no importa. Hasta nosotros llega. Es la precursora indudable del servicio social moderno y sus ideas sobre justicia social prenden en nuestro sentimiento con la fuerza de las grandes verdades siempre nuevas y eternas.

Antonio Machado y Concepción Arenal se constituyen como alter-egos, intelectuales comprometidos que aspiran a un “orden nuevo”⁹, que toman partido por los ideales de la República y se pronuncian contra la insensatez de la guerra¹⁰. María Enciso se coloca, como otras escritoras republicanas, de la parte de las víctimas, de la población civil y ofrece algunas estampas de Madrid en guerra¹¹, en la que se transforma en ciudadana madrileña que rinde homenaje a sus defensores:

En el sitio de Madrid, pueblo casi desnudo e indefenso, organizado para la vida no para la muerte, y menos para matar, no había armamento moderno, pero sí llegaron hasta sus puertas los tanques alemanes. El defensor de la ciudad no tenía nada que oponer a esta fuerza, que, en avalancha de muerte, se le venía encima. ¿Nada? Sí. Tenía su cuerpo y su voluntad. Tenía que defender su tierra.

⁹ Inspirándose en la Institución Libre de Enseñanza, aspiran a la renovación del liberalismo, con dos objetivos: una justicia social plena, que derroque el capitalismo, y la libertad cultural. Como sostiene María Zambrano: “los intelectuales pertenecían a esta España viva, al margen, cuando no en franca rebeldía, respecto a la España oficial y somnolienta” (Zambrano, 1977: 152).

¹⁰ El “sinsentido del sacrificio” de la guerra fue un tema poético que trataron abundantemente otros poemas de la Generación del 27 como Rosa Chacel, Ernestina de Champourcín, Clementina Aderju, Carmen Conde o Concha Méndez. Parece relevante notar que la mayoría de estas poetisas evitó lo ideológico y se centró en sus experiencias individuales de sufrimiento, adquiriendo su lírica “un carácter de lamento, elegía, protesta o denuncia” de la guerra (Pérez, 1998: 276).

¹¹ Como lo hiciera Mada Carreño, en un artículo publicado en Blanco y Negro, el 14 de abril de 1938 titulado: “Amor Bajo la guerra”.

En los textos de Antonio Machado la Guerra civil es una guerra de los traidores militares apoyados por extranjeros. Esta es la misma interpretación que ofrece María Enciso, que plantea la defensa de Madrid como una guerra contra el invasor fascista alemán.

Para nuestra autora el ejercicio de la memoria es una forma de acción política y cultural en la que el pasado es re-interpretado y re-producido en función de la transformación del presente y del legado futuro. Constituye una forma de lucha, una contramemoria (Foucault, 1996), que se opone, resiste y cuestiona las narraciones oficiales del régimen franquista.

Como sostiene Alberto Reig dentro del bando de los vencidos “solo caben dos respuestas desde el punto de vista literario una vez concluido el conflicto”: la persistencia del testimonio militante que recrea la intensidad de la experiencia, o la evasión del tema” (Reig, 1999: 41). María Enciso escoge la primera, utilizando la literatura como caja de resonancia, rastreando en ella los problemas que aquejan a la sociedad de su tiempo. Así la cuestión de las dos Españas que luchan en la guerra civil están presentes en la obra de Benito Pérez Galdós. En su ensayo sobre los personajes femeninos de sus novelas exalta los que son reflejo del pueblo, como la “señá Benina” de *Misericordia*, “figura extraordinariamente real, alma del pueblo, mujer que sufre con paciencia, capaz de los mayores heroísmos ante la vida”, que encarna místicamente el espíritu inmortal del pueblo: “Benina, figura simbólica de la mujer del pueblo español, humilde, grande y bondadosa, hasta para quienes la atropellan injustamente con el orgullo de un nombre y de los infinitos prejuicios de casta”. También Fortunata pertenece a este prototipo: “mujer pasión, pueblo auténtico, sin refinamientos, modelada en barro, esculpida en sinceridad, con el alma brillantísima de luz propia”.

Estas figuras quedan claramente contrapuestas a las de otras mujeres que representan la nobleza, el clero y la religión, como “la disoluta e histérica Doña Paca, su señora, blasonada e inútil”, o Doña Perfecta, “fría y fanática, intransigente y dominadora, incapaz de doblegarse” o la burguesía parasitaria, representada por las señoritas Porreño, “llenas de prejuicios, dotadas de una imaginación fastuosa, para el recelo y la

murmuración”. Para María Enciso, las primeras representan el amor y las segundas el fanatismo, y es fácil intuir en esta división la presencia de Antonio Machado y las Españas irreconciliables, cuya lucha ella ve reflejada en el personaje de Gloria: “Un exponente femenino de la lucha terrible en que se debaten en España por cuestiones de fanatismo religioso, las personas y hasta el país”.

El análisis de la obra de Galdós, tan alejada en tiempo, le sirve para trazar ciertas constantes de la Historia de España:

La esencia espiritual de España, su acento apasionado y profundo diseminado entre las páginas de ese trozo de vida iluminada que reflejan las obras de Galdós. Al releerlas a la distancia del tiempo y del espacio que nos separan de la época y de España, sentimos que la raíz ardiente y poderosa que animaba esas vidas distintas, que discurren por la misma tierra, abraza nuestras entrañas, y su escondida pasión anima nuestra propia vida.

El primer ensayo de esta antología es el dedicado a Antonio Machado, de quien se traza un perfil literario, pero sobre todo político, símbolo de una España que con él camina hacia “un destierro injusto, lejos de todo lo que amó”. María Enciso había pronunciado un elogio fúnebre sobre la figura del poeta en su *Europa Fugitiva* (1941: 23), en donde se subraya que su destino trágico que encierra en sí el de toda una nación: “Frío en los huesos, hundidos en la tierra. Solitario, doliente, arrojado allí, con soledad y abandono”.

Como sostiene Amaro, bajo el pretexto de la crítica literaria se “oculta un vasto conflicto: el de las apropiaciones y las pérdidas” (Amaro, 2007: 10). En la cultura del exilio republicano, la imagen de los Machado quedó unida para siempre al recuerdo de la Guerra Civil. La República lo había convertido en el primero de sus intelectuales y su muerte en Coilloure, el 22 de febrero de 1939, significó el fin de la libertad y de la democracia en España. En la inmediata posguerra, hasta 1945 aproximadamente, Machado simbolizó sobre todo la patria perdida y las referencias a él estuvieron teñidas de un profundo sentimiento de pérdida (Muñoz Soro, 2010). *Raíz al viento*,

invierte esta tendencia y Machado se convierte en símbolo de una patria atemporal: “No. Antonio Machado no ha muerto para nosotros. Nos ha dejado en las manos y en el corazón, la presencia inagotable de su lírica, están temblando en nuestra emoción sus olivares, sus campos andaluces, su tierra de Castilla y su soledad”.

Tras la victoria franquista, la República derrotada necesitaba señas de identidad que reivindicar. Rendir homenaje a Machado, invocando la imagen de las dos Españas, constituía una forma simbólica de prolongar la resistencia en el exilio:

Y a la orilla del Duero lo llevará su pueblo. Ese pueblo oprimido, hoy muerto en vida, que soporta “con la suprema dignidad del hombre” todos los sufrimientos: el pueblo de las cárceles, el de los campos de concentración, el del destierro, el que todavía “muele el fruto de los olivares, y ayuna, y labra, y siembra, y canta y llora.

El análisis sobre la vida y la obra del poeta se centra sobre todo en la poesía, trayendo a colación composiciones a modo ilustrativo de su recorrido, pero su texto termina con la referencia al libro en prosa *La guerra*, del que también se había ocupado María Zambrano (1977) en diciembre de 1937 en la revista *Hora de España*. Machado es descrito por ambas escritoras como un miliciano de las letras y como un intelectual que se pone al servicio del pueblo¹², como escribe María Enciso:

Fue un combatiente más, porque era un poeta español vinculado estrechamente al paisaje y al hombre del pueblo, que eran su misma vida, porque él era voz y palabra eternas del hombre de España, y cuando ese hombre y ese paisaje sintieron su carne desgarrada y la vena inagotable de su heroísmo abierta hasta los límites indecibles de sufrimiento y la muerte, Antonio Machado, más poeta y humano, más español que nunca, puso

¹² Para María Zambrano, el “pueblo es el máximo sujeto de la historia” (Zambrano, 1977: 140-141). María Enciso por su parte escribe en una carta dirigida a Gabriela Mistral: “no podemos desvincularnos del sufrimiento de nuestro pueblo. Al menos mi conciencia así lo cree, y así lo hago [...] No tengo ambición personal [...] por mi Patria. Por eso trabajo y hago cuanto puedo” (Enciso, 1947b: 1).

su pluma, su pensamiento y su corazón, al servicio del pueblo, injustamente herido.

La apropiación de Machado como símbolo antifascista y republicano se hacía necesaria, considerando que en 1941 el régimen franquista había publicado las *Obras completas* del poeta con una introducción de Dionisio Ridruejo, en la que se le depuraba de sus ideas políticas y, desde un punto de vista falangista, se utilizaba su figura como icono de la reconciliación nacional (Ridruejo, 1941)¹³.

La interpretación que María Enciso ofrece de Antonio Machado se coloca en la línea de otros intelectuales exiliados en México, Francia o Argentina, como León Felipe, José Bergamín y Rafael Alberti, en la que Machado es considerado sobre todo como “poeta del pueblo”¹⁴. De ahí que este concepto esté omnipresente en el ensayo titulado “La poesía y la guerra”, que centra su atención en los poetas españoles que cantan el valor de los milicianos o la resistencia de la población civil ante los ataques del bando fascista. El texto rinde homenaje y erige monumento a quienes escriben y mueren por sus ideas, a los que califica de nuevos héroes: Rafael Alberti, Emilio Prados, Moreno Villa, Manuel Altolaguirre, Miguel Hernández. Estos “poetas del pueblo”¹⁵, al igual que Machado, experimentan en

¹³ José Bergamín desde su exilio en México prepara la edición de las obras completas de Antonio Machado en 1940, pero la edición no pudo ver la luz por una cuestión de derechos de autor que la editorial Espasa Calpe de Madrid había comprado a los hermanos del poeta que se habían quedado en España, Manuel y Francisco Machado. Solo en 1945 aparece la primera antología realizada por los republicanos en América: *Las cien mejores poesías españolas del destierro*, editada por Francisco Giner de los Ríos y dedicada a Antonio Machado y hay que esperar a 1964 para la primera edición de sus *Obras completas*, editadas desde el bando republicano, publicadas por la editorial Losada en Argentina (Machado, 1964).

¹⁴ León Felipe en 1939 había publicado *Español del éxodo y del llanto*, en el que dedica a Machado el poema ¿Dónde está Dios?; Rafael Alberti había escrito entre 1940 y 1941, su *Imagen primera y sucesiva de Antonio Machado*, publicado posteriormente en 1975.

¹⁵ Es significativo que en el ensayo dedicado a Antonio Machado, se detenga en esta definición y utilice sus palabras: “Y a propósito del pueblo se nos ocurre que en estos últimos tiempos se abusa de esta palabra. El pueblo es algo que todo mundo invoca y que pocos saben lo que quiere decir. Aquí está

sus vidas los sufrimientos de los subalternos y los representan en su escritura, “lo que garantiza la autenticidad de su literatura y, en consecuencia, su eficacia política” (Eujanián, 2002: 406). Además introducen en la cultura los nuevos temas del nuevo mundo que pretenden construir: “La nueva poesía, la de la guerra va llegando a nosotros con calor de vida y hielo de muerte a nuestra sensibilidad. Los poetas de los pueblos en guerra maduran su poesía en el límite del heroísmo y de la muerte”.

Esta interpretación de la figura del poeta y del escritor en general, reivindica el saber popular y sus manifestaciones culturales no necesariamente escritas. El ensayo dedicado a la Canción popular se coloca en esta línea de reivindicación de una cultura arraigada a la tierra, al paisaje y a las gentes que lo habitan: “Es como un lirismo exaltado del alma popular, como la expresión libre del sentimiento que se manifiesta con sencilla espontaneidad. La entraña desnuda del pueblo, exponente íntimo del paisaje y del hombre español”.

En el pensamiento de Juan de Mairena la manera más esencial de acercarse al pueblo directamente es la poesía, porque el habla del pueblo se expresa en la poesía popular que se encuentra revestida del poder de la verdad. También María Zambrano comparte estas ideas, cuando afirma que el pueblo “no se equivoca jamás en lo esencial”, en su “afán de justicia” (Zambrano, 1977: 121). Escribe María Enciso:

Canta el hombre desde el principio de los siglos, desde las épocas más remotas y es su acento el de las canciones populares que nos llegan sin saber cómo, de generación en generación, creadas o difundidas por el pueblo, y que aprendimos inconscientemente desde nuestra infancia como aprendimos a hablar

El pueblo como concepto vuelve en el ensayo sobre Concepción Arenal, en el que se traza un paralelismo entre la sublevación del general Riego y los ideales de la República,

la definición de Juan de Mairena: “El pueblo es una empresa futura, un arco tendido hasta el mañana, una muchedumbre de hombres que temen, desean y esperan las mismas cosas” (Enciso, 1947: 17).

identificándolo como el agente revolucionario: “España acoge con entusiasmo el ideal romántico de libertad, que ha de impulsar siempre las acciones del pueblo español de espíritu independiente y libre”. Significativamente también el ensayo sobre Juan Maragall se abre con un epígrafe titulado: “un pueblo”: “Juan Maragall, poeta del paisaje y del pueblo, alma de Cataluña, se identifica con el sentir popular en una fusión espiritual desbordante de poesía que es a la vez realidad y ensueño”.

María Enciso indaga en las raíces histórico-literarias de las dos Españas, desde la “razón pasional” de María Zambrano en la que vida y escritura se funden, por un lado, y critica y creación literaria, por otro, en una anulación de jerarquías. Sus análisis literarios no tienen como objetivo la catalogación, el análisis filológico o la descripción de la historia literaria, sino un retorno del pasado, insinuando el círculo cíclico de la historia, que sirve como guía del presente, señalando la continuidad de una cierta España. Hablando de las novelas de Benito Pérez Galdós¹⁶ escribe:

Galdós ha mostrado a la sociedad de su época, sus grandes defectos, el egoísmo de su vida inútil, su incomprensión, su existencia vacía, en la que no cabe otra sustancia que la mas frívola superficialidad. Estos son los defectos capitales de la sociedad española de todos los tiempos. Galdós se lo ha dicho con la mas cruda verdad. Ha profundizado ampliamente en el alma del pueblo y ha encontrado la esencia eterna del heroísmo en los pequeños hechos diarios que se van sucediendo poco a poco con naturalidad.

¹⁶ No es casualidad que María Zambrano también le haya dedicado a este autor en un artículo titulado *Misericordia*, en el que también considera a Galdós como el novelista del pueblo: “En su lectura nos sentimos sumergidos íntegramente en ese mundo donde están todos los elementos esenciales de nuestro ser popular, de nuestra cultura viva. La vida entera de un pueblo, de una cultura, abierta en sus páginas, en el misterio de su continuidad, de su morir y renacer permanentes. El misterio de nuestra continuidad como pueblo, de su unidad dramática, de nuestra sangrienta y polémica unidad”, *Hora de España*, 1938.

A la mistificación del pueblo de raíz nacionalista, se une la idealización que se produce a través del desarraigo del exilio y de un pensamiento republicano que ensalza las clases bajas en detrimento de la élite:

El alma del pueblo desnuda y palpitante, y principalmente destacada el alma de Madrid, la vieja ciudad, veta riquísima de colorido español, con sus cafés y sus peñas políticas y literarias, el Madrid de las calles señoriales, el de la vida humilde. El tipo madrileño alegre y sincero, el que lleva el heroísmo de su pobreza hasta límites inconcebibles, el Madrid de la clase media, con sus tertulias al atardecer, el Madrid aristócrata que vive su vagancia sin asomarse nunca hasta los barrios de los que trabajan o soportan una existencia llena de privaciones y dolores, pero sobrellevada con estoicismo y alegre despreocupación.

La noción de pueblo se identifica con la patria o nación española que, para Machado, María Zambrano¹⁷ y María Enciso se refiere a las clases humildes, a las personas sencillas. En el pueblo está la poesía y la verdad, mientras las clases altas son las que llevaron a España al desastre¹⁸:

La Patria, es en España, un sentimiento esencialmente popular, del cual suelen jactarse los señoritos. En los trances más duros, los señoritos la invocan y la venden, el pueblo la compra con su sangre y no la mienta siquiera. Si algún día tuvierais que tomar parte en una lucha de clases, no vaciléis en ponerlos al lado del pueblo, que es el lado de España, aunque las banderas populares ostenten los lemas más abstractos. Si el pueblo canta la Marsellesa, la canta en español, si algún día grita viva Rusia, pensar que ese grito del pueblo, si es en guerra civil, puede ser mucho más español que la España de sus adversarios.

¹⁷ Para quien la poesía es la esencia de España, “la historia de España es poética por esencia” (Zambrano, 1977: 171).

¹⁸ “Lo escribía en 1936, cuando se desencadenó sobre el indefenso pueblo español, la tormenta de hierro y fuego que había de abrasarle durante largos años las entrañas; cuando los señoritos no vacilaron en venderse al extranjero, mientras Machado, al lado del pueblo, pensaba en España, “vendida toda, de río a río, de monte a monte, de mar a mar”.

El concepto de pueblo está indisolublemente unido al paisaje, que constituye otro de los temas claves. Las diferentes regiones de España se encuentran personificadas y dotadas de carácter propio: “El límite entre la dulce y soñadora Galicia y la austera Castilla la Vieja, está perfilado por bellísimas canciones”, lo mismo que los elementos naturales: “las noches silentes de los montes, entre las breñas oscuras y los pródigos chaparrales”. El paisaje no es un mero decorado, sino una herramienta literaria rica y simbólica que permite a María Enciso recuperar, reinterpretar y resignificar la identidad española, conectando con sus raíces culturales y plasmando la riqueza de la historia y la geografía de España.

“La canción popular en el paisaje de España” está dedicado a la evocación de lo popular y lo rural, muchas veces a través de una mirada idealizada y ensoñadora: “Las vacadas se mueven lentamente en los valles y se escucha el lento vagar de las madreñas en las piedras de los húmedos senderos”. Los personajes que habitan ese mundo bucólico están mitificados en un entorno similar al de los cuentos de hadas, en los que personas y animales interactúan:

De lejos llega la voz campesina de una moza de dulce y embrujador hablar: ¡Alalá! Perpetuamente canta el amanecer en Galicia con su dulce luz de ensueño. ¡Alalá! Cantan los pájaros y el agua y los labios enamorados, por los senderos blancos que llevan, de aldea en aldea, el cantar nostálgico del amor.

Este ensayo está plagado de estampas idílicas en las que lo sensorial predomina en la descripción, no de un paisaje recordado, sino de un paraíso perdido¹⁹: “Las gentes que viven en esa tierra de frutales, templada por arroyos serenos, perfumada por suaves amaneceres entre brezos y tomillos, cantan coplas de amores que trasponen los picos erguidos de las

¹⁹ Este aspecto lo señala también Dellinger cuando afirma: “La obra de Enciso perteneciente a sus años en México, tanto la poética como la ensayística añora los lugares y las gentes de la patria y rememora sensorialmente las experiencias vividas durante tiempos más felices” (Dellinger, 2001: 50).

sierras”. Hay una atención especial a los colores y a los sonidos: “Padrón es un pueblecito a orillas del Sar. Una casa blanca, con un balconcillo de madera, sobre la revuelta maraña de un descuidado huerto. En la estancia del balcón, libros, esteras de esparto y un piso de madera reluciente que cruje y puebla de ruidillos medrosos el silencio de la casa”. Se trata de una cartografía real y literaria al mismo tiempo:

Los ríos, tienen lugar de permanencia en la lírica española. Son los ríos que van a la mar de Jorge Manrique, o los que Garcilaso encontró a lo largo de su vida azarosa. El Danubio “río divino”, y los más austeros, el Tormes, voz de la fémica inquieta y andariega, y el Tajo, río toledano y a la vez internacional. El de Rosalía es el Sar.

A través de las descripciones paisajísticas, se reavivan imágenes de aldeas, ciudades, campos, festividades y elementos folclóricos. Representaciones que reconectan con la España más tradicional y arraigada en sus raíces culturales. María Enciso busca los elementos simbólicos y míticos en la historia de España reciente de la Guerra Civil, estos símbolos evocan un sentido de identidad compartida y dan profundidad a la representación del paisaje.

Sobre las líneas puras de su paisaje, la poesía, la música, el alma y la emoción del pueblo español. Del pueblo, que sobre su soledad y su dolor, sobre su misma sangre derramada, edifica el mundo de su vida en la delgada silueta de una canción. El pueblo que trabaja y sueña, lucha y canta, y el sueño y la realidad se funden en las palabras que el aire lleva, libres y eternas, como los vientos y los mares, como el alma que las siente y los claros paisajes que las inspiran.

A través de sus textos María Enciso muestra una profunda conexión con la geografía y el territorio español. Los paisajes ibéricos se convierten en una extensión de su propia identidad, y las descripciones de montañas, ríos y valles reflejan una relación

íntima con su país²⁰. Este paisaje se caracteriza por un caleidoscopio de pluralidad geográfica que permite un recorrido por distintas ciudades españolas: Salamanca, Burgos, Ávila, Gredos, Galicia y Castilla la Vieja, Asturias, Galicia, Santander, Vasconia, Navarra y Aragón, Játiva y Albaida, Cataluña y Andalucía. Se nota la preocupación de María Enciso por abarcar toda la península, por no dejar nada fuera de su escritura, por no dejar nada en el olvido. Paloma Ulacia Atolaguirre, nieta de Concha Méndez, sostiene que “una de las características del exiliado es, sin duda, el sentir que su identidad se ha perdido, razón por la cual sus recuerdos se le vuelven doblemente importantes. Puesto que ya ha perdido el contexto en el que antes se había desarrollado, la necesidad de recordar rebasa los límites de una simple nostalgia para convertirse en la columna vertebral de su identidad” (Ulacia, 1990: 15).

La elección de la canción popular, no es baladí, a través de ella se entronca al mismo tiempo con la afiliación nacional y el linaje familiar, constituyendo una de esas raíces que María pretende preservar para el futuro, fijándose a sí misma en esa cadena de transmisión. El concepto de genealogía no solo introduce el concepto de origen o procedencia, sino también siguiendo a Foucault (1988), la idea de relaciones de semejanza:

Canciones populares que nos llegan sin saber cómo, generación en generación, creadas o difundidas por el pueblo y que aprendimos inconscientemente desde nuestra infancia como aprendimos a hablar. Son las mismas canciones que entonaban nuestros padres y que nosotros transmitimos a nuestros hijos, y en las que vemos representados nuestros propios sentimientos y nuestra íntima emoción.

Algunos de los ensayos, sobre todo el dedicado a Antonio Machado, reflejan la estructura de los discursos pronunciados, con todas sus marcas retóricas persuasivas, cuyo propósito es

²⁰ Algunos poetas del 27, a través de sus descripciones paisajísticas, exploraron la relación entre la historia española y su identidad en el contexto contemporáneo, utilizando el paisaje como una ventana a la memoria histórica y reflexionando sobre el pasado y su influencia en el presente.

convencer e, incluso, enfervorizar al lector, utilizando un lenguaje pasional. El exilio le proporciona un contexto diferente, que le permite reflexionar sobre su tierra natal desde una distancia física, pero, que también por ello, se ensancha en lo emocional. Como señala Dellinger, en estos ensayos María Enciso “expresa su compromiso sentimental con España, marcado por un constante presentir de nunca volver” (Dellinger, 2001: 41).

La crítica literaria que María Enciso pone en práctica en estos ensayos se manifiesta a través de una escritura humanizada y comprometida con sus ideas republicanas, de un lenguaje cercano, popular, sencillo, comprensible, que se apela a lo vivencial. La descripción del paisaje, que vuelve constantemente y que también es un elemento clave en su obra poética (Dellinger, 2006, Arriaga, Cerrato, 2023:)²¹, constituye algo más que un sentimiento de nostalgia y añoranza personal para convertirse, por una parte, en elemento de denuncia de la injusticia y del exilio reflejando la opresión política del fascismo, por otra, es una forma simbólica de genealogía y pertenencia cultural. El paisaje se convierte en un símbolo de resistencia, una fórmula para reafirmar la continuidad de la tradición literaria y la esencia de España más allá de sus fronteras, preservando al mismo tiempo su memoria histórica contra las interpretaciones del régimen franquista, la memoria de los vencidos.

3. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALBORNOZ, Aurora de (1976). “Poesía de la España peregrina: crónica incompleta.”. En José Luís Abellán (dir.) *El exilio español de 1939*, Tomo IV pp. 11-108. Madrid: Taurus,

²¹ Con anterioridad se ha señalado también la omnipresencia del paisaje en toda su obra en prosa, sobre todo en los artículos periodísticos que conforman otras secciones de *Raíz al viento*, en donde el paisaje americano entra en comparación con el paisaje español recordado o imaginado (Andújar, 1949, Medina, 1980 y Rodrigo, 1997).

- ABDULRAHMAN LEÓN, Yasmín (2022). *María Enciso, la periodista que fue borrada de la historia. Un reportaje de divulgación histórica*. Trabajo Fin de Grado, Universidad de Sevilla.
- AMARO, Lorena (2007). “Borges heredero: Una lectura del texto autobiográfico desde la problemática genealógica”. *Revista chilena de literatura*, n. 71, pp. 5-18.
- ANDÚJAR, Manuel (1949). “María Enciso,” *Las Españas*, 12, p. 15.
- ARRIAGA FLÓREZ Mercedes, CERRATO, Daniele (2023). “Maria Enciso. Paisaje, memoria y cuerpo”. En Caterina Duraccio (ed.) *Andaluzas Ocultas. Medio siglo de mujeres intelectuales (1900-1950)* pp. 346-368. Madrid: Dykinson.
- DELLINGER, Mary Ann (2001). *Tres mujeres españolas “sin España”: María Enciso, Dolores Ibárruri y María Zambrano*. Arizona State University.
- DELLINGER, Mary Ann. (2004). “Los tres exilios de María Enciso”. *Hispanófila: Literatura - Ensayos*, Nº 140, pp. 61-79.
- DELLINGER, Mary Ann. (2006). “Espacios en el tiempo”: la poesía de María Enciso. Aznar Soler, M. (Ed.) *Escritores, editoriales y revistas del exilio republicano de 1939*, pp. 865-872. Sevilla: Editorial Renacimiento.
- DIEZ DE REVENGA, Francisco Javier (1987). *Panorama crítico de la generación del 27*. Madrid: Castalia.
- DOMÍNGUEZ PRATS, Pilar (1998). “Un relato autobiográfico del exilio femenino en México”. En Manuel Aznar Sóler (Ed. lit.) *El exilio literario español en 1939. Actas del Primer Congreso Internacional* (Bellaterra, 27 de noviembre-1 de diciembre de 1995), pp. 283-290. San Cugat del Vallès: Gexel.
- ENCISO, María (1941). *Europa Fugitiva: 30 estampas de la guerra*. Barranquilla: Litografía Barranquilla Impresores.
- ENCISO, María (1942). *Cristal de las Horas*. Bogotá: Editorial Cultura.
- ENCISO, María (1943). [Carta a Gabriela Mistral]. Manuscrito, Archivo del Escritor / Gabriela Mistral (id. 136342) Biblioteca Nacional Digital de Chile.
- ENCISO, María (1946). *De mar a mar*. México D. F.: Isla.

- ENCISO, María (1946a) [Carta a Gabriela Mistral]. Manuscrito, Archivo del Escritor / Gabriela Mistral (id.140088) Biblioteca Nacional Digital de Chile
- ENCISO, María (1946b) [Carta a Gabriela Mistral]. Manuscrito, Archivo del Escritor / Gabriela Mistral (id. 140095) Biblioteca Nacional Digital de Chile.
- ENCISO, María (1947). *Raíz al viento*. México: Edición y Distribución Ibero Americana de Publicaciones S. A.
- ENCISO, María (1947a) [Carta a Gabriela Mistral]. Manuscrito, Archivo del Escritor / Gabriela Mistral (id. 136459) Biblioteca Nacional Digital de Chile
- ENCISO, María (1947b) [Carta a Gabriela Mistral]. Manuscrito, Archivo del Escritor / Gabriela Mistral (id. 136460) Biblioteca Nacional Digital de Chile.
- ENCISO, María (1982). *De mar a mar*. Madrid: Editorial Molinos de Agua.
- ENCISO, María (2022). *Poesía completa*, prólogo y presentación de Virginia Fernández Collado. Almería: Instituto de Estudios Almerienses.
- EUJANIAN, Alejandro (2002). “Notas y Comunicaciones: Historiografía y Memoria Colectiva. Tiempos y Territorios”. *Estudios Sociales: Revista Universitaria Semestral*, vol. 24, n° 1, pp. 207-209.
- FOUCAULT, Michel (1988). *Language, Counter-Memory, Practice: Selected Essays and Interviews*. Ed. & Trans. Donald F. Boucard. Trans. Sherry Simon. Ithaca: Cornell UP.
- FOUCAULT, Michel (1996). *Hermenéutica del Sujeto*. Altamira: La Plata (Argentina).
- GASSET, José Ortega Y (1937). *La deshumanización del arte*. Madrid: Espasa.
- GUSDORF, Georges (1991). “Condiciones y límites de la autobiografía”. *Anthropos: Boletín de información y documentación*, n. 29, pp. 9-18.
- JELIN, Elizabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica Argentina.
- JIMÉNEZ TOMÉ, María José (2010). “¡Mar bravo, mar verde, mar espumante! María Enciso: más mares que vida,” En M^a José Porro Herrera y Blas Sánchez Dueñas (Eds.). *Escritoras*

- andaluzas y exilio*, pp. 215-256. Córdoba: Diputación Provincial de Córdoba y Universidad de Córdoba.
- MACHADO, Antonio (1971). *Nuevas canciones y De un cancionero apócrifo*. Madrid: Castalia.
- MANGINI, Shirley (1995). *Memories of Resistance: Women's Voices from the Spanish Civil War*. New Haven: Yale University Press.
- MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, Adriana (2006). "Rojas: la construcción de la mujer republicana en la memoria de España". *Alpha (Osorno)*, n. 22, pp. 127-141.
- MEDINA PADILLA, Arturo (1980) "María Enciso, una ignorada escritora del exilio español del 39," *Sábado Literario*. Pueblo, p. 5.
- MEDINA PADILLA, Arturo (1982) "Aproximación biográfica María Enciso," *De mar a mar*. Madrid: Molinos de Agua, pp. 11-13.
- MEDINA PADILLA, Arturo (1987). *María Enciso, escritora almeriense del exilio. Estudio y antología*. Almería: Diputación Provincial de Almería.
- MONTIEL RAYO, Francisca (2020). *De mujer a mujer. Cartas desde el exilio a Gabriela Mistral (1942-1956)*. Madrid: Fundación Banco Santander.
- MONTIEL RAYO, Francisca (2022). "Participación de las escritoras del exilio republicano español de 1939 en las publicaciones periódicas de su tiempo editadas en México". *Pasado y memoria: Revista de historia contemporánea*, (25), pp. 31-62.
- NASH, Mary (1999). *Rojas: Las Mujeres Republicanas en la Guerra Civil*. Madrid: Taurus.
- NIEVA DE LA PAZ, Pilar (2019). "Pensamiento y acción política en la obra de Isabel Oyarzábal Smith: los valores democráticos republicanos". En Zoraida Carandell, Julio Pérez Serrano, Mercè Pujol Berché Alisson Taillot (Eds.). *La construcción de la democracia en España (1868-2014): Espacios, representaciones, agentes y proyectos*, pp. 309-322. Paris: Presses Universitaires de Paris Nanterre.
- PIÑEIRO, DOMÍNGUEZ, María Jesús (2014). "El exilio político y de género de las escritoras españolas en la emigración". En Ana Jesús López Díaz, Anabel González Penín, Eva Aguayo

- Lorenzo (Eds.) *II Xornada Universitaria Galega en Xénero*, pp. 305-311. La Coruña: Servizo de Publicacións Universidade da Coruña.
- REIG TAPIA, Alberto (1999). *Memoria de la Guerra Civil. Los mitos de la tribu*. Madrid: Alianza Editorial.
- RIDRUEJO, Dionisio (1941). El poeta rescatado. *Antonio Machado, Poesías completas*. Madrid: Espasa.
- RODRIGO, Antonina (1997). “María Enciso: ignorada en el olvido,” *Meridiana*, n. 4, pp. 36-39.
- RODRIGO, Antonina (1999). *Mujer y exilio 1939*. Barcelona: Flor de Viento.
- SEVILLANO MIRALLES, Antonio, y TORRES FLORES, Antonio (2012). *María Pérez Enciso: una poeta en el olvido*. Almería: Instituto de Estudios Almerienses.
- SHOWALTER, Elaine (1999). *A literature of their own: British women novelists from Brontë to Lessing*. Princeton: University Press.
- SOLA ALONSO, Marina (2022). *Entre testimonio y figuras femeninas: Europa fugitiva de María Enciso*. Trabajo fin de Master, Universidad de Sevilla.
- SOLA ALONSO, Marina (2023). “Una española al servicio de mi España, que no es la de Franco: cultura, política y rebeldía en Europa Fugitiva de María Enciso”. En Caterina Duraccio (Ed.), *Andaluzas ocultas. Medio siglo de mujeres intelectuales (1900-1950)*, pp. 213-228. Madrid, Dykinson, 2023.
- SORO, Javier Muñoz, FERNÁNDEZ, Hugo García (2010). “Poeta rescatado, poeta del pueblo, poeta de la reconciliación: la memoria política de Antonio Machado durante el franquismo y la transición”. *Hispania*, vol. 70, n. 234, pp. 137-162.
- ULACIA ALTOLAGUIRRE, Paloma (1990). *Concha Méndez. Memorias habladas, memorias armadas*. Madrid: Mondadori.
- VICENS VEGA, Laura (2021). *El yo de las escritoras del exilio republicano de 1939 en las obras testimoniales de Luisa Carnés, Mada Carreño, Silvia Mistral y Gabriel Paz (Cristina Martín)*. Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona.

- ZAMBRANO, María (1977). *Los intelectuales en el drama de España. Ensayos y notas (1936-1937)*. Madrid: Hispanoamericana.
- ZAMBRANO, María (1998). *Hora de España*, Barcelona, agosto de 1938 y septiembre de 1938.

ENSAYOS

María ENCISO

SOMBRA Y PRESENCIA DE ANTONIO MACHADO

El poeta

Hablar de un gran poeta, es evocar los eternos problemas alrededor de los que gira su poesía: el amor, el dolor, la angustia y la muerte. Todo cuanto conmueve al hombre, en el idioma universal de un poema.

Hablar de Antonio Machado, es forzosamente condensar esa universalidad en una sola palabra la única que expresa justamente el sentir del poeta: España. España en su vida y en su obra, desde principios de siglo, hasta su forzado silencio en 1939. Desde la llamada generación del 98, a la cual está incorporado por su obra, época que representa un momento difícil en la vida española, con un distinto concepto del arte, y una nueva modalidad de expresión. Un arte más simple, más depurado, en el que las palabras por sí solas, adquieren sentido plástico y moldean a través de su belleza, los diversos aspectos de la verdad española, hasta entonces soslayados.

Resurgimiento, en el que Antonio Machado, con la sencilla realidad de su verso, interpreta el paisaje y el hombre de España.

Su poesía

La poesía de Machado, en cualquiera de sus épocas, es de una diáfana sencillez. A veces, culta, a veces popular, evocativa siempre, nos lleva directamente a la emoción, sin rebuscamientos literarios. Clásica por su ritmo, por su impecable factura, por su delicada música, por su misma realidad. Sobria, austera y profundamente humana.

En la lírica española, la poesía de Antonio Machado representa la eternidad: una voz cálida que llega de muy lejos y la sentimos muy cerca de nosotros; voz de infinito, permanentemente conocida; el relieve del paisaje, la desolada aspereza de la tierra, la suave curva de los ríos, los árboles sombreando los blancos caminos, el viento en la quebrada de las montañas, y el alma desnuda del hombre de ese paisaje, que

canta o llora, según le llegue al alma la armonía del canto o la punzante amargura del dolor.

Soñé que tú me llevabas
por una blanca vereda
en medio del campo verde
Hacia el azul de las sierras.
Hacia los montes azules
una mañana serena.
sentí tu mano en la mía
tu mano de compañera.

Poesía que, a fuerza de ser humana, ternura y sueño, expresa exactamente la realidad del alma española.

Los olivos

Y con esta realidad que le llega en la corriente de la sangre, a Machado, andaluz por excelencia, cuya infancia se desliza “en un patio de Sevilla, y un huerto claro donde madura el limonero”, le emociona el paisaje de su infancia. Y esta emoción, es en él, como algo recóndito que le corre por las venas cuando cierra los ojos hacia adentro y sueña. No es realidad vivida y cercana, sino pretérita, y diluida en los márgenes del sueño. Y destacada en el paisaje andaluz de su primera época, al lado de limoneros en flor, nardos y jazmines, y en el primer plano de su poesía, la maciza, la andaluza silueta de los olivos.

El campo andaluz peinado
por el sol canicular,
de loma en loma rayado
de olivar en olivar.

Olivo solitario,
lejos del olivar, junto a la fuente,
olivo hospitalario
que das tu sombra a un hombre pensativo
y a un agua transparente.

El olivo. El viejo árbol retorcido y oscuro, guardián de los campos en las distintas regiones ibéricas. Retorcido y crispado de dolor y de fuerza, proyecta su sombra desde los Pirineos hasta la punta sur de España, allí donde se despide la tierra, y se abre el paréntesis del espacio y del mar. Olivares andaluces, resquebrajados por el sol, poblados de búhos noctámbulos y de alegres cigarras, su oscura tonalidad en la dilatada tierra. Son los mismos olivos de casi todos los poetas andaluces: los olivos de García Lorca, los de Alberti, donde el cetrino jinete —y no bajo otro árbol cualquiera— mira las torres de Córdoba o la Giraldilla mora, en la noche andaluza, alta la luna, negra la soledad, lejano el cantar...

Campo, campo, campo,
entre los olivos
los cortijos blancos...

La cal

Y entre ellos, otra característica esencial del paisaje andaluz. Junto a los surcos abiertos de los campos, en todos los tonos de verde, los cortijos blancos, o sea la humildad de luz de la cal. La influencia de la cal en la contemplación estética del paisaje andaluz está destacada plenamente en la poesía de Machado. Blancos son los cortijos, y los caseríos y los pueblos, y las ermitas y las tapiales, y hasta las casas por dentro. La cal es una realidad plástica en vida literaria y en la vida cotidiana andaluza. Toda Andalucía sueña bajo el reflejo deslumbrante de la cal.

“Los blancos muros, los cipreses negros” dice Machado, y también: “alguna sombra sobre el blanco muro”. Y esta clara visión andaluza perdura en él, en toda su primera producción poética, y se va difuminando a medida que los años pasan, porque entonces ya ha encontrado las tierras de Castilla. Ya le han llegado a la sensibilidad, la meseta desolada, los álamos, las tierras yermas, y con ellas, ha llegado a su corazón de hombre, la sencilla felicidad del amor. El único amor de su vida austera, que hubo de quedar poco después en la misma tierra castellana

donde lo encontró, y esa huella que influyó tanto en su poesía, ya no le abandonará jamás.

Las encinas

Y con el encuentro de Castilla, rasgo esencial en la generación del 98, realidad tangible que brota de la entraña del paisaje desnudo, llegan a la lírica del poeta, señoriales, altivas, centenarias, las encinas; las castellanas y extremeñas encinas, recortadas, oscuras, por fondo las márgenes frías del Duero, la parda meseta de Castilla la Vieja.

¿Qué tienes tú, negra encina
campesina
con tus ramas sin color,
en el campo sin verdor?

Sin verdor, desolado, y acaso amarillo de trigales: ahí están las encinas, las mismas de Cervantes, “país fuera de camino, por entre bosques y encinares que no tienen senda”, las mismas bajo las que dirigía D. Quijote su famoso discurso a los cabreros, las mismas donde discutía con el bueno de Sancho, mientras compartían el pan candeal, y el queso blanco de oveja, manjares específicamente castellanos. Las mismas encinas de Salamanca y de la tierra de Campos, los árboles del paisaje, áspero, yermo, de Soria.

Castilla varonil adusta tierra.
Castilla del desdén contra la suerte

Del “desdén contra la suerte”, o lo que es lo mismo, de la honda filosofía estoico-cristiana, que empareja la altivez y la resignación. Así es Castilla. Así es “Soria, ciudad castellana, tan bella bajo la luna”, donde vive el poeta, y cuyo paisaje ascético y desnudo, ya nunca podrá olvidar:

Conmigo vais Campos de Soria
tardes tranquilas, montes de violeta,

alamedas del río, verde sueño,
del suelo gris y de la parda tierra

Sombra y sentido de este paisaje castellano, enjuto y fatalista, las encinas estáticas, quijotescas, como el hombre, que, bajo ellas, vive y sueña.

La soledad

Y con él va este paisaje, mientras vuelve el poeta a su tierra andaluza. Vuelve modestamente “en su vagón de tercera” y solo.

Con el incendio de un amor prendido
al turbio sueño de esperanza y miedo,
yo voy hacia la mar, hacia el olvido

Pero no llega a la mar, ni tampoco llegará nunca al olvido. Se queda a solas consigo mismo, muerto el amor, quebrada la vida, en la mitad del camino: Baeza. El límite preciso entre la tierra manchega, áspera tierra de viñedos, y los olivares andaluces de Jaén. Paso obligado para los viajeros que van o vuelven del Sur. Ahí, viajero de su propio ensueño, vive el poeta una modesta existencia de profesor de francés.

Desde mi ventana,
campo de Baeza
a la luna clara

Baeza, no lejos de Úbeda, más cerca del blanco caserío de la estación. Tierra fría, inhóspita, triste, casi de lo más triste de España. No es lugar a propósito para curar los males del espíritu, aunque sí propicio para aunar el desamparo y la soledad:

Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye, otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad, se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos, mi corazón y el mar.

Y como siente la soledad como una enfermedad incurable, se hace más profundo su dolor, y llega a contener la angustia del mundo en su corazón. Ahí están los “sueños dialogados”, perennes testigos de esos momentos de dolor humano, el que a medida que los años pasan, se agudiza más, como si el triste paisaje de Baeza, hubiera podido avivar en su soledad, la velada silueta de la muerta ilusión.

Nadie elige su amor. Llevome un día
mi destino, a los grises calvijares
donde ahuyenta al caer, la nieve fría,
las sombras de los muertos encinares.

Mi corazón está, donde ha nacido,
no a la vida, al amor, cerca del Duero...
El muro blanco y el ciprés erguido...

No puede olvidar su dolor de hombre. Perdida su sencilla felicidad, ya no canta el paisaje escueto, sino su propia soledad, aunque a veces vuelve a evocar el paisaje de infancia, con su ligero acento de lejanía y sueño...

Se abrió la puerta que tiene
gonces en mi corazón,
y otra vez la galería
de mi historia apareció.

* * *

Junto al agua negra,
olor de mar y jazmines.
Noche malagueña
El hombre.

En su más reciente época, aparece su poesía de pensamiento, y la filosofía de sus Cancioneros Apócrifos. Poesía profunda, metafísica, a ratos humorística, con el fino humorismo del espíritu andaluz, porque andaluces son esencialmente, Juan de Mairena y Abel Martín: andaluces irónicos, profundamente

meditativos. Una cátedra abierta sobre la vida, su Escuela Popular de Sabiduría Superior. Sobre la vida y sobre el alma del pueblo, “del que siempre tenemos algo que aprender”.

Juan de Mairena habla a sus discípulos: habla a la juventud española, ávida de escuchar su voz. Ya han tratado de temas diversos: de poesía, de arte, de amor, de problemas metafísicos. ¿Por qué no habla ahora, del hombre, y acaso del pueblo? Y Juan de Mairena meditativo y filosófico empieza así: “El que habla a un hombre, no habla al hombre, el que no habla al hombre, no habla a nadie”. Claro concepto del maestro, sobre un arte esencialmente popular, distinta idea del arte para minorías que por tanto han cultivado otros escritores de su generación.

Y a propósito del pueblo, se nos ocurre que en estos últimos tiempos se abusa de esta palabra. El pueblo es algo que todo el mundo invoca y pocos saben lo que quiere decir. Aquí está la definición de Juan de Mairena: “El pueblo es una empresa futura, un arco tendido hasta el mañana, una muchedumbre de hombres, que temen, desean y esperan las mismas cosas”.

Y como la suprema aspiración de un poeta, ha de ser la de interpretar la emoción, los estados de alma del hombre, define así esta aspiración, como enseñanza teórica a la juventud española.

“Escribir para el pueblo, ¡que más quisiera yo! Escribir para el pueblo, es por de pronto, escribir para el hombre de nuestra raza, de nuestra tierra, de nuestra habla, tres cosas de inagotable contenido que no acabaremos nunca de conocer. Escribir para el pueblo, es llamarse Cervantes en España, Shakespeare en Inglaterra, Tolstoy en Rusia. Es el milagro de los genios de la palabra. Tal vez, alguno de ellos lo realizó sin saberlo, sin haberlo deseado siquiera. Día llegará en que sea la más consciente y suprema aspiración del poeta. Y también: “¿Un arte proletario? Para mí no hay problema. Todo arte verdadero será arte proletario. Quiero decir, que todo artista trabaja para la prole de Adán. Lo difícil sería crear un arte para señoritos, que no ha existido jamás”. Esta aversión por el señoritismo, que define como “un estilo peculiar de no ser hombre, que puede observarse a veces en individuos de diversas clases sociales, y que nada tiene que ver con los cuellos planchados, las corbatas o el lustre de las botas”, lo comparte con otro español universal:

Unamuno, que también abomina frecuentemente de esta “enfermedad epidérmica”, que es el señoritismo en nuestro país.

Porque “el señoritismo ignora –dice Machado- la insuperable dignidad del hombre. El pueblo, en cambio, la conoce y la afirma, en ella tiene su cimiento más firme la ética popular. Nadie es más que nadie, reza un adagio de Castilla. Expresión perfecta de modestia y orgullo. Sí. Nadie es más que nadie, porque por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre. Así es Castilla, pueblo de señores, que siempre ha despreciado al señorito”.

A tal punto lleva Machado su confianza en la entraña del pueblo, que no vacila en expresarse de esta forma: “La Patria, es en España, un sentimiento esencialmente popular, del cual suelen jactarse los señoritos. En los trances más duros, los señoritos la invocan y la venden, el pueblo la compra con su sangre y no la mienta siquiera. Si algún día tuvierais que tomar parte en una lucha de clases, no vaciléis en ponerlos al lado del pueblo, que es el lado de España, aunque las banderas populares ostenten los lemas más abstractos. Si el pueblo canta la Marsellesa, la canta en español, si algún día grita viva Rusia, pensar que ese grito del pueblo, si es en guerra civil, puede ser mucho más español que la España de sus adversarios”.

Y esto lo escribía en 1936, cuando se desencadenó sobre el indefenso pueblo español, la tormenta de hierro y fuego que había de abrasarle durante largos años las entrañas; cuando los señoritos no vacilaron en venderse al extranjero, mientras Machado, al lado del pueblo, pensaba en España, “vendida toda, de río a río, de monte a monte, de mar a mar” Y ¿vendida por qué? Y se responde: “En primer lugar, por los treinta denarios de Judas, quiero decir, por las míseras ventajas que obtendrían ellos, los pobres traidores a España, en el caso de una plena victoria de las armas de Italia y Alemania en nuestro suelo. En segundo lugar, por la rencorosa frivolidad, no menos judaica, que no mide nunca las consecuencias de sus actos. Ellos se rebelaron contra un gobierno de hombres honrados, y atentos a las aspiraciones más justas de su pueblo, cuya voluntad legítimamente representaban. ¿Cuál era el gran delito de este gobierno lleno de respeto, de medida, de tolerancia? Gobernar en un sentido de porvenir, que es el sentido de la historia. Para

derribar a ese gobierno, que ni había atropellado ningún derecho, ni olvidado ninguno de sus deberes, decidieron vender a España entera a la reacción europea. Por fortuna la venta se ha realizado en falso, como siempre que el mercader no dispone de la mercancía que ofrece. Porque a España, hoy como ayer, la defiende el pueblo, es el pueblo mismo, algo muy difícil de enajenar”.

La guerra

En este momento, es donde al lado del poeta que sueña y del hombre que sufre y medita su dolor humano, surge altivo el hombre esencialmente español, que siente su conciencia estremecida ante la injusticia y llegada la hora de poner en práctica los postulados de su obra, se vincula estrechamente con la esencia medular el pueblo, sufre sus vicisitudes, canta sus heroísmos y le duelen los dolores de su España. ¿Era Machado un político, cuando escribía sobre nuestra guerra? No. Era simplemente, hombre, español, y poeta. Nada más y nada menos. ¿Lo eran acaso los milicianos, que en 1936, iban al frente cantando, esos milicianos de los que él mismo decía: “se juegan a vida, moneda única, si la pierden no hay otra, por una causa sentida”, y también, “parecen capitanes, tal es el noble señorío de sus rostros?” La mayor parte del pueblo que defendió a España en esos momentos no era político. Lo llevó a la lucha, la verdad española, que porque se le escapaba de las manos sabía comprender mejor que nunca. Lo extraordinario en Antonio Machado, es que provenía por su obra de la generación del 98, que casi sin excepción, ha traicionado íntegramente al pueblo español. Y cronológicamente era un hombre ya entrado en la vejez. Podía haber salido de España, sin gran esfuerzo, como tantos otros, o haber permanecido al margen, casi por derecho propio y no lo hizo. ¿Por qué? Fue un combatiente más, porque era un poeta español vinculado estrechamente al paisaje y al hombre del pueblo, que eran su misma vida, porque él era voz y palabra eternas del hombre de España, y cuando ese hombre y ese paisaje sintieron su carne desgarrada y la vena inagotable de su heroísmo abierta hasta los límites indecibles de sufrimiento y la muerte, Antonio Machado, más poeta y

humano, más español que nunca, puso su pluma, su pensamiento y su corazón, al servicio del pueblo, injustamente herido:

Trazó una diosa mano, España mía,
ancha lira, hacia el mar, entre los mares,
zonas de guerra, crestas militares,
en llano, loma, alcor y serranía.

De mar a mar, entre los dos la guerra,
más honda que la mar. En mi parterre
miro a la mar, que el horizonte encierra.
Tú, asomada, Guíomar, a un Finisterre.

Está el poeta ahora, en las alegres playas levantinas, llega del Madrid sitiado, todas las tierras de España, desgarradas por la guerra, y llega cumpliendo su misión, sin desertar nunca del puesto en que el destino le había situado.

Valencia, de finas torres
en el lírico cielo de Ausias March.
Troncando su río en rosas,
antes que llegue a la mar.
Pienso en la guerra. La guerra
viene como un huracán,
por los páramos del alto Duero,
por las llanuras de pan llevar.

Valencia, y más tarde Barcelona. La peregrinación del hombre del pueblo, perseguido por mares de sangre, la va siguiendo el poeta, con su vejez y su hombría a cuestas. Su pueblo, lo quiere, hasta el punto que los soldados, cuando bajan de frente, van a verlo, y le llevan lo que tienen, regalos humildes; en aquellos momentos, de inapreciable valor.

No es posible hablar de Antonio Machado, sin destacar su actuación en estos últimos años de su vida, porque sería tanto como negar su incomparable y honda calidad de español, que era en él, conjuntamente con su condición de poeta, toda su razón de ser.

La muerte

Lo más difícil es encontrar palabras que puedan expresar la etapa final de su vida, cuando hace cinco años, en el mes de febrero de 1939, el poeta, que llevaba a España en la sangre, andaluz, castellano, paisaje y alma, todo lo que él representaba, sale de España para morir. El había hablado muchas veces de la muerte, sin temerle:

¿Murió?... Sólo sabemos
que se nos fue por una senda clara,
vivid, la vida sigue,
los muertos mueres y las sombras pasan.

* *

¿Morir? ¿Caer como gota
de mar en el mar inmenso?
¿O ser lo que nunca he sido,
uno, sin sombra y sin sueño,
un solitario que avanza
sin camino y sin espejo?

Nunca sabremos como nos llegará la muerte. A él, le llegó prematuramente “sin camino y sin espejo”, en un destierro injusto, lejos de todo lo que amó. No es muy aventurado decir hoy, que no serán muchos los años que pasen todavía sin que Machado vuelva a España, porque lo llevaremos nosotros. Millares de españoles lo llevarán con alegría y con dolor, llorando sin lágrimas, cuando nuestra justicia se abra camino por los cielos del mundo, y nos permita rescatar sus restos del pueblecito de Colliure, y llevarlo a Soria, donde reposa la Guiomar de sus sueños:

Molinero es mi amante
tiene un molino
bajo los pinos verdes,
cerca del río;
Niñas cantad:

por la orilla del Duero
yo quisiera pasar.

Y a la orilla del Duero lo llevaré su pueblo. Ese pueblo oprimido, hoy muerto en vida, que soporta “con la suprema dignidad del hombre” todos los sufrimientos: el pueblo de las cárceles, el de los campos de concentración, el del destierro, el que todavía “muele el fruto de los olivares, y ayuna, y labra, y siembra, y canta y llora”.

El que ha de rescatar en un día no lejano, sus valores eternos, esos valores que como Machado no mueren nunca, porque están en la entraña de nuestra misma vida, la que a través del mar, sentimos palpitar en nosotros mismos, en el ritmo encendido de la sangre derramada en nuestra España, en el pulso que dilata las venas, cuando se alzan “la frente que sueña y el corazón que ansía”:

En la ciudad sombría
repica la campana,
no te verán mis ojos,
mi corazón te aguarda.

No. Antonio Machado no ha muerto para nosotros. Nos ha dejado en las manos y en el corazón, la presencia inagotable de su lírica, están temblando en nuestra emoción sus olivares, sus campos andaluces, su tierra de Castilla y su soledad. Nos ha dejado el magnífico ejemplo de una existencia sencilla de hombre íntegro, de español estoico, que llega hasta el heroísmo callado, supremo y único heroísmo, el que todo lo da y nada pide. Nos ha dejado su honda verdad, su fe en nuestra lucha, esta esperanza de nueva vida y nuevo resurgir, este sueño de acompañarle un día en su último viaje a las tierras de Soria, y este no poder olvidar nunca, que ahora, hace cinco años, “triste, cansado, pensativo y viejo”, acompañó al pueblo español en su injusto éxodo, sin saber que más allá de las fronteras de España, que tanto le dolía dejar, le aguardaba como único consuelo, el abrazo eterno de la muerte.

LAS MUJERES EN LA NOVELA DE GALDÓS

La realidad más absoluta, la más cruda verdad sobre la vida española del siglo XIX, quedaron fijadas para siempre en las páginas de las novelas galdosianas, contemplación de hechos que vemos surgir de la entrada española, plasmados en los pasajes culminantes de las mismas, gentes que viven con nosotros, con defectos y cualidades que constituyen su propia esencia, el alma del pueblo desnuda y palpitante, y principalmente destacada el alma de Madrid, la vieja ciudad, veta riquísima de colorido español, con sus cafés y sus peñas políticas y literarias, el Madrid de las calles señoriales, el de la vida humilde. El tipo madrileño alegre y sincero, el que lleva el heroísmo de su pobreza hasta límites inconcebibles, el Madrid de la clase media, con sus tertulias al atardecer, el Madrid aristócrata que vive su vagancia sin asomarse nunca hasta los barrios de los que trabajan o soportan una existencia llena de privaciones y dolores, pero sobrellevada con estoicismo y alegre despreocupación.

Galdós ha demostrado a la sociedad de su época, sus grandes defectos, el egoísmo de su vida inútil, su incompreensión, su existencia vacía, en la que no cabe otra sustancia que la más frívola superficialidad. Estos son los defectos capitales de la sociedad española de todos los tiempos. Galdós se lo ha dicho con la más cruda verdad. Ha profundizado ampliamente en el alma del pueblo y ha encontrado la esencia eterna del heroísmo en los pequeños hechos diarios, que se van sucediendo poco a poco, con naturalidad. A veces, la forma de ese espíritu bondadoso es brusca, carece de buenas maneras, vive como puede y habla rudamente, sin embargo, procura superarse con su alegría despreocupada y fácil y su sinceridad.

En la novela de Galdós destaca en primer plano el espíritu femenino: muchas obras tienen ya el título con nombre de mujer que se mantiene vivo y en relieve a lo largo de la obra entera. Espíritus expresivos como la misma vida, diversos, almas en pugna, en perpetua contradicción con el medio ambiente, que aun irradia su incompreensión en nuestros días, en que las fuerzas

dispares de una sociedad llena de prejuicios de casta o pensamiento, se han vuelto a ventilar, con sacrificio de vidas, sus profundas y eternas divergencias seculares.

Las mujeres en Galdós no son seres imaginarios, seres ficticios e irreales, sino mujeres de carne y hueso; las vemos palpar ante nosotros, invitando al diálogo, sus penas son las nuestras, sus reacciones son las mismas reacciones de ésta o aquella mujer española. De entre todas, una silueta se destaca por su esencia humana, la señá Benina de Misericordia, figura extraordinariamente real, alma del pueblo, mujer que sufre con paciencia, capaz de los mayores heroísmos ante la vida.

¡Qué bien perfilada esta noble figura ante su tipo opuesto, la disoluta e histérica Doña Paca, su señora, blasonada e inútil, a la que mantiene pidiendo limosna sin que aquella lo sepa! La señora incapaz de dirigirse a sí misma, pagada de sus títulos y apellidos ilustres, guardianes de su desolada miseria. La casa alta venida a menos, tan corriente en España, amparada por un regio corazón de mujer fidelísima y abnegada hasta lo inverosímil, Las lacras de esta sociedad, que ignora las miserias infinitas entre las que vive y hace planes fantásticos para el futuro.

¡La señá Benina! ¡Cómo nos duele la ingratitud con qué paga su ama, la superficial e inútil aristócrata, sus servicios y el don preciado de su fiel amistad! Benina corazón noble, tosca, pero de una bondad cuya magnitud no tiene límites, amparo de los ricos venidos a menos y de los pobres que la necesitan. Lazarillo ideal del ciego Almudena, el árabe romántico que la presiente joven a sus sesenta años y la corteja como a una moza. Vieja y modesta, es la mujer de sus sueños y vive perennemente abrasado en amor por ella. Porque él, ciego y leproso, ha sentido la irradiación generosa de su espíritu, siente la bondad de su alma en su persona de pobre tarado y mísero, que nadie ha querido consolar.

Benina, multiplicada hasta el infinito, es la figura simbólica de la mujer del pueblo español, humilde, grande y bondadosa, hasta para quienes la atropellan injustamente con el orgullo de un nombre y de los infinitos prejuicios de casta. Por las calles misérrimas del Madrid despoblado, por las casuchas inhabitables donde viven los desamparados, la hemos visto siempre en la noble misión de hacer el bien con su único capital,

el duro que consiguió pidiendo limosna, mientras la señora Paca, gime y llora histéricamente en su lecho, añorando un pasado esplendor. Dos tipos opuestos de mujer española. Las dos han franqueado el límite de la edad senil y sólo las diferencia en su ruina física, el espíritu: recio, luchador en una; pusilánime, indolente, incapaz, en la otra. Como en la vida real, un espíritu débil acumula ruina sobre ruina en el cuerpo que la vejez y los golpes de la vida han marchitado.

En contraposición con la bondad y el altruismo de una tosca mujer del pueblo, se yergue en la obra de Galdós el perfil señorial, esculpido en piedra berroqueña, de Doña Perfecta.

La figura más destacada de Galdós como exponente de incompreensión e intransigencia, de fanatismo, exacerbado por la vida monótona de las provincias españolas. Doña Perfecta es tan real. Tan bien lograda, que hiere nuestra sensibilidad con su realismo y su dureza de alma. También hemos conocido, a través de nuestra vida, alguna mujer como esta Doña Perfecta, fría y fanática, intransigente y dominadora, incapaz de doblegarse, aunque en el fondo comprenda su desatinado proceder.

La cerrada vida provinciana, con sus tertulias en la casa principal del pueblo, donde se reúnen los de siempre: el boticario, el médico, el cacique, el cura, y en donde las mezquinas pasiones exaltadas por las hablillas, por las críticas acerbas e injustas de una mentalidad cerrada a todo progreso a toda idea amplia, se hincan en el corazón espoleando el rencor y el odio llevados hasta la muerte. Todo a través de moldes, de lugares comunes, todo plasmado sobre la diaria vida rural. ¡Ay del que pretenda quebrantar esta moral de piedra carcomida y firme! Será un proscrito, un ser execrable, al que se puede matar impunemente por su rebeldía. Así le sucede al pobre Pepe Rey, figura culta y humana de la novela. La débil Rosario, su novia, hija de Doña Perfecta, vive atemorizada, dominada por la dura voluntad de su madre, dueña y señora de su vida, dirigente máxima de las costumbres tradicionales del pueblo, y que bajo una apariencia meliflua y una sonrisa afable, lleva su hipocresía hasta las mayores aberraciones morales, por su intransigente fanatismo. Doña Perfecta, de una dureza esquinada, de agudas aristas, inquebrantable al dolor y al amor, es tristemente un fiel

reflejo de algunos espíritus españoles de todos los tiempos, que ponen por encima de todo sentimiento su puritanismo exaltado, inflexible ante la misma muerte. Línea de conducta ancestral, inhumana, para la que el espíritu no tiene flaquezas y si las tiene hay que acallarlas con la hipocresía y el fingimiento más refinados. Dureza disimulada pero vigilante, bajo una capa de suavidad bondadosa, siempre al acecho para anatematizar todo aquello que pueda oponerse a lo que su cerrado pensamiento considera contrario a la diaria rutina provinciana, y que por salvar la esencia de su fanatismo no vacila en llegar hasta el crimen. Orbajosa, villa perdida en una de las provincias castellanas, cerrada a todo vestigio de progreso, dominada por una mujer de acero, es un símbolo en la vida española de todos los tiempos. Si hubieran menos Orbajosos y menos Doñas Perfectas diseminadas por la tierra áspera de la meseta, no se vería esa misma tierra, roja de sangre y socavada por las sepulturas diariamente renovadas.

De la meseta llegamos otra vez a Madrid, en cuyo ambiente se destacan dos siluetas de mujer. Dos figuras, dos vidas, que son paralelas. Corren juntas por un mismo cauce, y sin embargo, la barrera infranqueable de las clases sociales no les permitirá encontrarse nunca, según las fronteras que constituyen el módulo de la sociedad española del siglo XIX. Son Fortunata y Jacinta.

Jacinta representa la clase media acomodada, más bien rica; buena mesa, posición desahogada, vida fácil, para quien la existencia es una senda llana, apenas ensombrecida por supuestas infidelidades conyugales, que aun siendo ciertas no franquearán los límites de la prudencia ni afectarán al hogar, porque son expansiones del señorito conquistador, que no pone su corazón sino su amor propio en esas incursiones sentimentales, propias de una existencia vacía que necesita estímulos diversos para ser conllevada.

Fortunata, es la vida dura, fuera de la sociedad, regida únicamente por impulsos sentimentales. Espíritu dispuesto siempre al sacrificio, con la frase ocurrente a flor de labio, imagen de la pasión ciega, irrefrenable, vida estrecha, sin horizontes, ni ambición ni cultura. Esta mujer símbolo de la obra, arrastrada a una vida que no desea, mujer pasión, pueblo

auténtico, sin refinamientos, modelada en barro, esculpida en sinceridad, con el alma brillantísima de luz propia, en la que todas las conveniencias, todos los prejuicios se estrellan, aunque tengan palabras para estigmatizar una conducta que no ha escogido, que no le pertenece, que vive a pesar suyo, porque no es responsable de sus instintos sin freno, ni de su avasalladora pasión. Víctima de ésta, de la sociedad y del señorito inconstante y banal, tipo frecuente en su clase. Fortunata, abatida por la injusticia, tiene un final cruel. Ha de morir dejando a su hijo en manos de Jacinta, la esposa, la que todo lo tiene menos hijos, y ella, que nada tiene, más que ese hijo, porque todo lo ha dado por el hombre que ha sido la pasión de su vida, y cuyo único gesto noble ha sido reconocerlo socialmente a petición de la esposa, ha de entregarlo dócilmente, ha de dar incluso la vida, como un estorbo que se quita de en medio, y así finaliza la novela, contribuyendo ella como siempre, a la felicidad del hombre amado.

Es posible que esto en la vida sea o no sea, que el sacrificio de un ser inconsciente, apasionado, constituya la felicidad de quien lo ha precipitado por derroteros de muerte, pero aun dentro de los moldes trillados de una sociedad mojigata, es un final profundamente cruel.

Tristana es la figura más juvenil y fresca de las novelas galdosianas. Tan femenina, que a través de un amor se transfigura, siente que tiene alas, su corazón se vuelve ingrátido de felicidad y quiere demostrarle al mundo que es una mujer excepcional, con grandes dotes artísticas, con amplia inteligencia, dotada de un espíritu superior. La personalidad de Tristana en esa época en que se siente superada por el amor, en sus palabras, y sus cartas, es de una gracia, de un frescor juvenil, como la de ninguna otra mujer galdosiana.

Paquita de Rímini se hace llamar graciosamente por su enamorado, la pobre esclava que ha vivido siempre encadenada a los tristes fulgores de una pasión senil. Y Paquita de Rímini se pasea en los atardeceres madrileños bajo las acacias olorosas, en las afueras, o se siente transportada por la eternidad de los árboles de la Moncloa, junto al amado que le inspira tantos graciosos disparates, y hace brotar de su alma un torrente de vida.

También es trágico y doloroso su final. Joven aún, pierde la gracia, la frescura espiritual que la anima, al mismo tiempo que se ausenta el amor. Su transformación ha sido pasajera. Ya no es la mujer superior, mí quiere hacer cosas extraordinarias, y al mismo tiempo desaparecen sus dotes artísticas, que en realidad no existían sino en su exaltación amorosa. Es una pobre mujer encadenada de por vida al viejo protector don Lope, que arrastra su cojera —por que también se queda coja— por las iglesias de Madrid, y ya en las últimas páginas claudica hasta el punto de convertirse en la esposa de ese viejo decadente y dominador.

Al leer esta obra sentimos una cruel decepción. Hemos visto desfilar tanta palabra esbelta, tanto sentimiento desbordado, tanto irreflexivo amor, que no puede ser posible ni un momento que Paquita de Rímini, Tristana, muchacha graciosa, española madrileña, pueda convertirse en una señora fanática, esposa del octogenario Don Lope, que toda su vida le hizo de padre, por más señas.

Es como si la vida del ensueño durara un tiempo tan breve, que solamente pudiéramos concebir la ilusión del amor, como algo pasajero, una llama al viento que brilla con esplendor un instante para apagarse definitivamente y dejar a su paso la vida mediocre como única y perdurable realidad.

La constante lucha entre el amor y el fanatismo religioso hizo crear a Galdós la fuerte, espiritual figura de Gloria, que heredera de un nombre, lo que en algunas regiones españolas quiere decir ser heredera de todos los prejuicios familiares de casta, no vacila ante el amor en pretender unirse a un judío. El problema religioso se expone vigorosamente en esta obra. Gloria es profundamente católica, hija de una familia que por siglos ha profesado tal religión con toda la reciedumbre que puede manifestar el apasionamiento español. Amar a un hombre así le conduce a ser vituperada por todos, a sentir profundo desprecio por sí misma, a perderlo todo, a dejar de ser quien es. Sin embargo, ante el paisaje que le rodea, en Firóbriga, pueblo a orillas del Cantábrico, ante la fisonomía incommovible de las rocas que se alzan en la costa nórdica de la Península, el alma de esta mujer galdosiana se convierte en una roca también, contra la que se estrellan todos los prejuicios de raza, y de religión, todas las conveniencias sociales, todos los amores de familia y

de hogar, para que únicamente surja entre las tormentas en que se agita el espíritu de esta muchacha, la firme decisión de unirse al hombre amado, por encima de todas las circunstancias y de todos los prejuicios. Alma bravía como la tierra que la vio nacer, temple indomable de mujer española que quiere con toda la fuerza de un alma apasionada, y a la que, sin embargo, más tarde han de perseguir las sombras de un tardío remordimiento llevándola al paroxismo de la locura y al silencio helado de la muerte. Un exponente femenino de la lucha terrible en que se debaten en España por cuestiones de fanatismo religioso, las personas y hasta el país.

También perfila Galdós el problema religioso en forma más estilizado, sin tanto apasionamiento, con arrobos místicos, en otra mujer. Halma, figura galdosiana que no simboliza al pueblo, sino a un tipo femenino, destacado en la sociedad española, teniendo en cuenta el ambiente del siglo XIX en que se desarrolla la acción de la novela.

A la condesa Halma, los fracasos sentimentales, como la muerte de su esposo, a quien adoraba. la conducen al misticismo. Un misticismo basado en la idea de hacer el bien, con el deseo de emplear su fortuna en el bienestar de la humanidad. Así animada de esta súbita vocación funda una especie de asilo en donde acoge a diversos desheredados. En él está Nazarín, vagabundo filósofo, personaje central de la novela que precede a Halma.

El misticismo de la condesa es forzado, impuesto por las circunstancias, ella misma no se da cuenta, pero es cauce que conduce a un torrente próximo a desbordarse. Ella no sabe exactamente qué va a hacer, dónde va a desembocar su idea de caridad hacia el prójimo. No tiene meta fija. Hace el bien sin forma organizada, conducida por un un confesor humano y bondadoso. En una finca suya, castillo abandonado en tierras aragonesas, establece una especie de comunidad laica, en donde ella misma trabaja conjuntamente con sus asilados. Su primera redención es la de su propio primo calavera alocado que logra redimir, pero esta redención será precisamente causa de que el torrente se desborde. Nazarín con sus filosofías le abre los ojos a la realidad.

Esta figura mística ama a la vida y al amor. Su primo redimido, la sigue a todas partes, la obedece sumiso, pero es equivocada la idea de que todo esto lo hace por convicción de sus reflexiones, por arrepentimiento de sus pasados errores. No. Lo hace por misticismo derivativo de pasión humana, que es en síntesis el perfil místico del espíritu español, siempre mezcla de humana pasión y de éxtasis ultraterreno.

Halma, es una mujer de noble espíritu, que se elevó sobre la sociedad frívola que la rodeaba, con la fuerza que sentía por un misticismo irreal en cuanto a superación de su propio ser. Halma deja de ser feliz al fracasar su matrimonio, y vuelve a sentirse en plenitud al encontrar de nuevo el amor. Todo lo que realiza entre ambos amores, es derivar, canalizar su ansia de ternura, hacia los desvalidos. Es por ello, eso sí, un espíritu de mujer superior, no muy frecuente en el medio en que se desenvuelve su vida.

Otros tipos femeninos menos vigorosos se asoman a las novelas de Galdós: las intransigentes y ridículas solteronas, las señoritas de Torreño de la Fontana de Oro, llenas de prejuicios, dotadas de una imaginación fastuosa, para el recelo y la murmuración, capaces de avergonzar al espíritu más ingenuo con sus suposiciones y complejos de toda índole psicológica. Casos frecuentes, estas huérfanas de funcionarios, señoritas incultas, sin otra ocupación que las labores llamadas de su sexo. y que se reducen a bordar, hacer algún dulce, administrar lo poco que el padre dejó, en una palabra, a conllevar su miseria lo más dignamente posible, con verdaderos equilibrios, sin incurrir en la “deshonra del trabajo”. ¿Trabajar mujeres de la clase media o de las clases acomodadas en la España del siglo XIX? Ni hablar de eso. Antes, todos los renunciamentos, todas las vergüenzas, todas las miserias disimuladas, y con todo esto, el carácter agrio, la mente cerrada, la lengua mordaz. Señoritas de Torreño se encuentran todavía en algunas esferas españolas, que emplean su pobre ociosidad en amargarle la vida a cualquier alma sencilla que a ellas se confíe.

Támara la pobre pecadora y Beatriz la mujer corriente que vive en su casa una existencia monótona y vulgar hasta que pasa Nazarín por su puerta y le arrebató el alma con sus filosofías, siguiéndole por todos los caminos como arrobada, hasta el fin.

Irene, la figura femenina de *El amigo Manso*, gira en torno del protagonista, al mismo tiempo que otras menos importantes. Actúa un poco en segundo plano, y es como una ficción inventada por él, porque la vamos conociendo poco a poco, rodeada por un halo de ensueño, que más allá, siempre despacito, se va corriendo el velo en el corazón del enamorado protagonista y al fin llegamos a la realidad. Siempre esta enemiga cruel superando al ensueño, en las novelas galdosianas, reflejos de la misma vida. Irene es una muchacha vulgar, corriente, sin el nimbo irreal que la transfiguraba ante los ojos enamorados.

Diversos tipos de mujer galdosianos han cruzado un momento ante nosotros. Algunos populares, otros no tan conocidos, pero todos surgidos de una esquina de ciudad o provincia española. Mujeres que hemos visto algún día y que volveremos a encontrar, sin duda, a lo largo de nuestra vida. Siluetas eternas como España misma, como la tierra por donde transitan. Nos sentimos compenetrados con sus vidas, con sus almas, que en nuestras manos se deslizan cobrando realidad, trayendo a nuestro espíritu reminiscencias de una amistad lejana. ¿Las conocemos? ¿Las hemos visto? ¿Dónde? ¿En la vida? ¿En una novela de Galdós? No lo sabemos, y esto es precisamente su mayor realidad.

Siendo ficticias, personajes de novela, son al mismo tiempo tan humanas, que nos parece que las hemos conocido toda nuestra vida y hasta que en cada una de ellas vibra un hálito de nuestro propio existir. La esencia espiritual de España, su acento apasionado y profundo diseminado entre las páginas de ese trozo de vida iluminada que reflejan las obras de Galdós. Al releerlas a la distancia del tiempo y del espacio que nos separan de la época y de España, sentimos que la raíz ardiente y poderosa que animaba esas vidas distintas, que discurren por la misma tierra, abrasa nuestras entrañas, y su escondida pasión anima nuestra propia vida.

LA CANCIÓN POPULAR EN EL PAISAJE DE ESPAÑA

Desde los más recónditos lugares, con música definida, con variada y múltiple personalidad, llega hasta nosotros la canción popular.

Como el paisaje, como las costumbres, la canción divide a España en diversas personalidades: las canciones de Galicia, Vasconía, Asturias, Cataluña, Castilla o Andalucía, son todas iguales y distintas y todas llevan la huella de una misma y distinta modulación. ¿De dónde nos han llegado estos cantares? De la entraña del tiempo, de la misma raíz de la tierra, poesía y música enlazadas, expresión lírica del alma de nuestro pueblo, expresan el paisaje, la nostalgia, el dolor y el amor, los distintos matices del espíritu humano, reflejados en el perfil colorido del paisaje natal.

Canta el hombre desde el principio de los siglos, desde las épocas más remotas y es su acento el de las canciones populares que nos llegan sin saber cómo, de generación en generación, creadas o difundidas por el pueblo, y que aprendimos inconscientemente desde nuestra infancia como aprendimos a hablar. Son las mismas canciones que entonaban nuestros padres y que nosotros transmitimos a nuestros hijos, y en las que vemos representados nuestros propios sentimientos y nuestra íntima emoción.

Es como un lirismo exaltado del alma popular, como la expresión libre del sentimiento que se manifiesta con sencilla espontaneidad. La entraña desnuda del pueblo, exponente íntimo del paisaje y del hombre español.

Una gama de infinitas modulaciones, de múltiple colorido se extiende ante nosotros, en la línea invisible que va de la canción popular y eterna, hasta el paisaje, eterno también, por donde transita el hombre que las difunde.

La meseta, árida y llana como el alma de sus habitantes. Transitada por rebaños, socavada por lentos arados, enriquecida por la áurea visión de sus trigales. En el atardecer los mozos cansados de trillar, lanzan al aire su canción que va entre el vagar de las cigüeñas sobre los campanarios y las almenas

ruinosas de los castillos, modulada por mil voces que entonan distintas melodías:

Segaba la niña y ataba
y a cada manadita descansaba.
Dices que no me quieres
porque no tengo
vacas en la vacada
bueyes en rodeo.

Salamanca. El aire mueve las esbeltas copas de los álamos, los sauces se doblan a la orilla del Tormes y un sol poniente acaricia las piedras doradas de sus casas señoriales.

Burgos. Llanura desolada de paz. Las campiñas burgalesas abrasadas de sol, en el verano, yertas de nieve en los meses invernales, perfumadas de tomillo y romero, verdes y azules entre las blancas ventas de los caminos:

Cuando sales al campo,
morena mía,
cantan los pajarillos
con alegría.
Cantan con alegría
porque tu cara
el sol se les figura
de la mañana.

Ávila, la ciudad de las altas torres, encerrada entre los muros pétreos de sus castillos. Paisaje arcilloso, tierra de greda, que los álamos grises miran vigilantes desde su delgada altura. Paisaje místico de poética ensoñación. Una voz surge a lo lejos en el silencio de los campos, entonando con soltura estas Serranas:

Lávate con mi pañuelo
yo lo lavaré mañana
a la orillita del río
en la corriente del agua.

* * *

Son la corriente del río
y tu amor, cosa de un día
que llega, pasa y se aleja,
y ya no vuelve en la vida.

La sierra de Gredos guarda esta canción en su círculo de piedra, mientras un mozo en las eras la vierte en la noche, tendido cara al cielo helado de la tierra más fría de España.

El límite entre la dulce y soñadora Galicia y la austera Castilla la Vieja, está perfilado por bellísimas canciones. De León, la voz popular ha divulgado infinitas melodías y cantares: allí en las tierras de los maragatos, de calladas y sumisas mujeres, tierras de historia, de leyenda, y templos de piedra oscura como sus agudas montañas.

Dicen que larga ausencia
causa el olvido.
En tu pecho villano
que no en el mío.
Aire.
La luna y el sol salen.
Los pajarillos cantan,
despiertan a mi amor.
Aire.
La luna y el sol salen.

Estos cantares acostumbran ir acompañados del pandero, porque son al mismo tiempo bailes populares de los llamados “baile a lo alto”. Igualmente la copla que sigue:

Anda diciendo tu madre
que tú la reina mereces,
y yo, como no soy reina
no quiero que me desprecies.

La melodía de las tierras leonesas se afina más en la sensibilidad de esta bellísima canción. Por ella discurren las noches silentes de los montes, entre las breñas oscuras y los

pródigos chaparrales. Las aguas negras de lagunas encantadas en donde dice la leyenda que las mozas se bañan desnudas las noches de San Juan para ser más hermosas.

En los montes de León
hay una inmensa laguna.
Donde se bañan las guapas
porque fea no hay ninguna.
Resalada dímelo.
Dímelo resaladiña.
¿Dónde tienes el amor?
Se fue a Cuba y no volvió.

La tragedia de las mujeres en esa región. Que el amor, se vaya lejos, cruzando el mar, hasta regiones en donde la vida sea menos difícil, mientras ellas quedan esperando al que quizás ya nunca volverá.

Una de las canciones más conocidas en las montañas leonesas es la de los pastores. Cuando el invierno se cubre de nieve ocultando las quebradas y las sierras del norte, la tierra esencialmente labradora de esa región cuya fuente principal de riqueza es el pastoreo, se queda desierta de hombres. Los pastores emigran hacia tierras más templadas, más fáciles, hacia la Extremadura, más al Sur. Ya no volverán hasta que el romero y el espliego les llamen de nuevo a sus montañas. Volverán a la tierra y al amor. Y todos los inviernos emigran con sus rebaños, en busca del fresco pasto que en esa época les niegan sus aldeas; llevan con ellos el corazón de sus mujeres, que, resignada con su suerte, se quedan solas con el trabajo cotidiano, con los hijos pequeños, solas en las casas, para cuidarlos y vigilar las tierras tristes en soledad. De este hecho inevitable en la vida de la tierra leonesa, surge la bellísima canción:

Ya se van los pastores
a la Extremadura:
ya se queda la sierra
triste y oscura.

Ya se van los pastores
ya se van marchando;
más de cuatro zagalas
quedan llorando.

Cantar de nostalgia y de resignación fatalista, henchido de belleza y poesía. En los solitarios meses del invierno, meses de soledad en las llanuras castellanas, nevadas y desiertas, las voces de mujer son las únicas que el aire lleva consigo. Voces de mujeres a solas con su dolor, que surgen de todas las aldeas, cantando lo que entonan con más gusto: las dulces canciones de cuna, que los siglos han perfilado sobre el paisaje de Castilla. Las “nanas” españolas, con las que las madres de todas las regiones de España acunan a sus hijos, porque en todas las esquinas del paisaje hay una mujer que mece dulcemente a un niño en sus brazos.

Duérmete mi niño.
duérmete mi sol.
Duerme pedacito
de mi corazón.

De la cantera popular, el maestro Falla extrajo la maravilla de su música, la eterna sinfonía de su obra: de estas sencillas nanas españolas, queda su hermosa canción de cuna:

Duerme mi niño duerme
duerme mi alma.
Duérmete lucerito
de la mañana.

Al norte de España, frente al Cantábrico, rodeados de verdes prados y puntiagudas montañas, hay caminos blancos que rodean aldeas y ciudades: por ellos transitan los mozos cantando, por las ensoñadoras veredas de Asturias, la húmeda y gris.

Si la nieve resbala
por el sendero

ya no veré la niña
que yo más quiero.
¡Ay, amor!
Si la nieve resbala,
¿qué haré yo?

De Asturias es esta canción. La voz delgada de una muchacha la entona bajo los pomares. Hay nubarrones en el cielo y las montañas tienen el oscuro color de las tardes nubosas. Cerca, el mar, y en los declives de las playas, los pueblecitos pesqueros de Asturias la melancólica, que grita a los vientos dulcemente su desoladora nostalgia. Región prendida entre montes y verdes prados, las tierras prodigan su dulce fruto. Las vacadas se mueven lentamente en los valles y se escucha el lento vagar de las madreñas en las piedras de los húmedos senderos.

No todo es placidez de égloga en el paisaje asturiano. Bajo los frescos prados, no lejos de los valles rientes, retumban broncamente las entrañas socavadas de la tierra. Las minas son riqueza muy principal, miles de vidas dependen de ellas, miles de vidas que no conocen otra luz que la mortecina claridad del acetileno, y que el sol rara vez deslumbra. No es de extrañar que la inspiración popular haya hecho de los mineros motivo de canciones:

Si no quieres que yo te quiera
no me cortejes más en la era.
No me cortejes mozo embustero
que mis amores son de un minero.

Así dice una estrofa de las más oídas.

En el pico más occidental de Europa, en donde las noches son lentas e interminables, Galicia vive serena y blandamente en perenne adoración del mar, sobre el espejo de sus rías; la más verde dulzura, la más clara armonía del paisaje, en donde el mar y el cielo se funden en un mismo espejo de luz. De lejos llega la voz campesina de una moza de dulce y embrujador hablar: ¡Alalá! Perpetuamente canta el amanecer en Galicia con su dulce luz de ensueño. ¡Alalá! Cantan los pájaros y el agua y los

labios enamorados, por los senderos blancos que llevan, de aldea en aldea, el cantar nostálgico del amor:

Páxaro que vas volando
por riba d'aquel convento
toma, levall'esta carta
o meu amor q'está dentro.

Y en castellano:

¿Dónde vas por el agua
paloma mía?
¿Dónde vas por el agua?
Voy a la ría.
Con la excusa del agua
verte quería.

Y también en el Norte, la Montaña, en la provincia de Santander, frente al borrasco mar Cantábrico y bajo la altura cercana de los Picos de Europa. Las gentes que viven en esa tierra de frutales, templada por arroyos serenos, perfumada por suaves amaneceres entre brezos y tomillos, cantan coplas de amores que trasponen los picos erguidos de las sierras:

Eres alta y delgada
como tu madre.
Bendita sea la rama
que al tronco sale.

Cantar escueto, de palabra y música flexibles, que evocan el talle esbelto de la muchacha. Y la poesía del ambiente a esta otra.

Más hermosa eres que el sol,
que la nieve en el desierto,
que la rosa en el rosal
y la azucena en el huerto.

Cerca andan los cantares de Vasconia, la fuerte e indomable raza céltica, robusta y plena de vigor y vida. Paisaje de manzanos y verde color, entre fuentes cristalinas que bajan despeñándose de las montañas pirenaicas; chirimías y zampoñas pueblan los aires en las fiestas, en donde los “xistularis” evocan los antiguos bailes rituales, mientras vibran las canciones en la lengua más celta de la Península, el vascuence, entre zortzicos y aureskus.

Y cerca de Vasconia, quedan Navarra y Aragón. La austera tierra aragonesa de los pueblos anclados en el corazón del Ebro, la del desierto rocoso de los Monegros, donde la tierra es caliza y las montañas ásperas tienen un caliente color ocre, sin vegetación. En las verdes regiones a orillas de sus ríos, o en las resacas llanuras de sus tierras yermas, vibra en los aires la alegre melodía de la jota: ese cantar del alma aragonesa, que prende sus ecos en los distintos paisajes, acompañada por guitarras y bandurrias. Donde hay un labrador aragonés doblado sobre la tierra que lo sustenta y a la que cuida con amor, surge la jota vibrante, y se prende en la melancolía de las tardes silenciosas, mientras las agujas enhiestas de las delgadas torres señalan eternamente al infinito:

Le di un besico al Jalón
pa que al Ebro lo llevara
y al pasar por Zaragoza
en el Pilar lo dejara.

Innumerables son los estilos y coplas que se cantan con el ritmo ágil de la jota aragonesa. También el maestro Falla, ha musicalizado una de las más bellas:

Dicen que no nos queremos
por que no nos ven hablar.
A tu corazón y al mío
se lo pueden preguntar.

La jota navarra es distinta de entonación a la aragonesa, aunque su cadencia tenga parecida modulación.

Quisiera volverme hiedra
y subir por las paredes
y entrar en tu habitación
por ver el dormir que tienes.

Levante, la luminosa esquina Ibérica, mediterránea y sensual, canta las alboradas, las típicas albas valencianas, y también la jota, más reposada que la aragonesa, toda reza y desafío. Por las tierras de Játiva y Albaida, tierras levantinas, las dulzainas acompañan las canciones labradoras, desde las frescas huertas, mientras el levantino canta soñador con el acento oriental y fatalista de su raza árabe, bajo un cielo de purísimo añil, claro y luminoso, a orillas del mar latino que lo vio nacer.

Dices que no me has querido
y yo aún no te he hablado.
Tus haciendas y las mías
no se labran en forzado.

Cataluña: el mar y las montañas, los pinos y las flores de retama, el romero azul, y los bosques de árboles mediterráneos a la orilla del mar, los olivos retorcidos y las viñas del dulce fruto, la voz de la sierra y la barca en el mar, la poesía y la dulzura de sus dorados otoños, el clima privilegiado, en la tierra espiritual en donde la vida es un dulce y preciado don. Los ríos van cantando sobre las piedras grises, los rebaños y las campanas anuncian el atardecer. Cataluña canta en su lengua, expresión poética de su espíritu: canta a sus montañas, a su mar azul, al amor:

Muntanyes del Canigó
fresques són i regalades
sobre tot ara a l'estiu
que les aigües són gemades.

Muntanyes regalades
són les del Canigó.
Ara tot l'any floreixen
primavera i tardor.

Y llegamos a la expresión más conocida, más genuina y popular de España: al canto andaluz. Al cante hondo, o sea el cantar del íntimo sentimiento. Andalucía esbelta y sensual, a la orilla de sus ríos, entre la blancura remozada de la cal y el verdor fresco de sus vegas, va cantando sus penas y sus amores, su dolor y su soledad. La Andalucía trágica del dolor y del llanto, bajo los olivos y los limoneros en flor, canta con la honda poesía de su raza, con el alma y la sangre del pueblo andaluz.

Canciones populares que llegan de la impenetrable entraña del alma gitana: las peteneras.

Quien te puso petenera
no supo ponerte el nombre.
Te debía de haber puesto
la perdición de los hombres.

La copla popular por excelencia es la seguidilla, gitana también, flor y nata del cante, estremece los sentidos y prende en el aire su honda emoción.

Siempre
por los rincones
te encuentro llorando.
Libertaita
no tenga mi cuerpo
si te doy mal pago.

Las sierras son características en el paisaje andaluz: sierras de leyenda, de senderos abruptos y oscuras quebradas, y en los barrancos, la luminosidad de pequeños arroyos. Enmarañados zarzales en sus laderas y caminos de arrieros que los cruzan cantando, jinetes en las esbeltas jacas andaluzas. Las serranas, las canciones de la serranía bronca y cerrada:

Cuando se cae una rama
del árbol que la sostiene
el viento juega con ella
y al fin la rama se pierde.

Y el estilo de auténtica raíz flamenca que estremece al que escucha: las soleares.

Castillos he visto yo
abatíos por la tierra.
naide se tenga por grande,
que el mundo de muchas vueltas.

De lenguaje extremadamente popular y cuya característica está en la hondura de la meditativa, alma andaluza.

Canciones de Córdoba, de Cádiz, de Sevilla, de toda Andalucía, aunque cada provincia tenga sus típicas canciones populares: así Málaga, el cantar de las playas o de las serranías, en las estribaciones de la Sierra Nevada, la andaluza sierra que mica desde su altura el mar más azul del mundo. La malagueña: canto quejumbroso, copla de larga cadencia y temblorosa de encontradas pasiones.

¿A qué negar el delirio
que tienes por mi persona?
Le das martirio a tu cuerpo,
tú te estás matando sola
y yo pasando tormento.

* * *

Sólo por aborrecerte
a mi me daban la vía.
Sólo por aborrecerte;
¿De qué me sirve la vía
si ya no podré quererte?

Granada, la ciudad de las fuentes, la clara ciudad del agua cristalina, y de los verdes cármenes, la ciudad del Darro, la de la poesía popular, la que guarda a Federico, a sus canciones gitanas, a su Albaicín, la ciudad de los jardines y de la música transparente de sus aguas, la de la tragedia y las granadinas:

Que tu querer olvidara
me “mandastes” a decir,
cuando el parte llegó a mí,
ya de ti no me acordaba.

Huelva es la provincia de los fandanguillos serranos, la clara ciudad puerto sobre el mar, de entrañas brillantes con el metal de sus minas: fandanguillo de Huelva clásico y popular,

Las mujeres de la sierra
para dormir a sus niños
en vez de cantarle el coco
les cantan el fandanguillo.
Y los duermen poco a poco.

Fandanguillo de Almería, la dulce ciudad blanca dormida a orillas del mar, la de la vega empinada sobre la savia de sus parrales, la de pequeñas sierras que penetran en el corazón de las Alpujarras. La ciudad cálida, sensual, morisca y andaluza:

Tengo una manuela nueva
con cuatro jacas castañas,
y el novio más salaílo
que calienta el sol de España,
Almeriense y morenillo.

Y llegamos a la solera del cante, la que se prende en los patios embrujados de Sevilla, la que tiembla a la sombra de los porches de sus blancos cortijos, y llevan los jinetes por la serranía, la que se canta en las márgenes del Guadalquivir, el río más flamenco de España, y tiene un fuerte aroma cálido y sensual, que le llega de los azahares, de los naranjos y limoneros, de ¡quién sabe dónde! Sobre el agua verdosa del río, a la sombra de la Torre del Oro, y de la Giraldilla mora, las sevillanas: el alma andaluza hecha canción, música y palabras emocionadas:

Arenal de Sevilla

Torre del Oro,
donde las sevillanas
juegan al corro.

La novia de Reverte
tiene un pañuelo
con cuatro picadores.
Reverte en medio.

Y resumiendo la canción popular andaluza, otros cantares vibran en las tierras de España. La copla estilizada de las canciones adaptadas por Federico. Los cuatro muleros:

De los cuatro muleros
que van al agua,
el de la mula torda
mamita mía
me roba el alma.

Y que evocan siempre el límpido paisaje andaluz, las muchachas que cantan en sus casas, mientras el aire hace vibrar su canción sobre árboles y plantas florecidas. Un jinete que pasa en el atardecer, y la dulce música popular surge por las blancas esquinas de los pueblos andaluces en una larga, modulada cadencia de amor. Las clásicas sevillanas del siglo XVI:

¡Viva Sevilla!
Llevan las sevillanas
en la mantilla,
un letrado que dice
¡viva Sevilla!

Sobre las líneas puras de su paisaje, la poesía, la música, el alma y la emoción del pueblo español. Del pueblo, que sobre su soledad y su dolor, sobre su misma sangre derramada, edifica el mundo de su vida en la delgada silueta de una canción. El pueblo que trabaja y sueña, lucha y canta, y el sueño y la realidad se funden en las palabras que el aire lleva, libres y

eternas, como los vientos y los mares, como el alma que las siente y los claros paisajes que las inspiran.

CONCEPCIÓN ARENAL: VOZ DE JUSTICIA Y LIBERTAD

Año de 1820 y en España. Año en que son frecuentes los movimientos liberadores. En los primeros días de enero, cunde por la Península la noticia: en Cabezas de San Juan se ha sublevado el general asturiano Rafael de Riego. Le siguen muchos patriotas. “Toda España es un hervidero de liberales contra el absolutismo del Rey. “De América llegan voces de aliento. El Himno de Riego, más tarde himno de la República, llegó a ser tan popular, que en Bogotá se cantaba como en España. Simón Bolívar en el día del aniversario de la Batalla de Boyacá decía que “era la que había dado la vida a Colombia y la libertad España.” En Madrid, se desborda el entusiasmo popular. Los cafés de la Época, entre ellos La Fontana de Oro, son centro de reunión de liberales: se fundan sociedades con nombres significativos, España acoge con entusiasmo el ideal romántico de libertad, que ha de impulsar siempre las acciones del pueblo español de espíritu independiente y libre.

Año de 1820, día 30 de enero y en Galicia, una noche lluviosa en el Ferrol. Una callecita estrecha y retorcida, una casa de paredes blancas y puertas pintadas de verde, con suelo entarimado y carpetas de anea, balcones sobre el mar Cantábrico, que se oye, borrascoso e impresionante en esa noche tormentosa de invierno gallego. En la casa vive D. Ángel José del Arenal y su esposa doña Concepción Ponte Tenreiro, y en esa noche acaba de llegar al mundo, su primera hija: Concepción Arenal.

Concepción ha nacido en una familia liberal. Su padre es un antiguo luchador de la libertad: ya había peleado contra las tropas invasoras de Napoleón en 1805, ahora se ha unido al general Riego, y a los tres años de nacer la niña, tiene que salir apresuradamente de su casa: en ella quedan su esposa y tres niñas, y la mayor oye decir a su madre entre lágrimas que él se va porque comienza la represión. La represión nada le dice a una niña de tres años, nada le dice como palabra, aunque pueda darse cuenta más delante de que esto significa soledad, orfandad, tristeza y madurez en plena infancia.

En la casita de El Ferrol ha terminado la felicidad. El padre tiene que abandonar Galicia, vive varios años en el destierro, nadie sabe dónde está, hasta que un día llegan noticias: ha muerto a consecuencia de una enfermedad contraída en la cárcel, a los treinta y nueve años. Tiene Concepción nueve, y en los ojos la mirada de los niños que hace ya tiempo comenzaron a sufrir.

En la Montaña, al Norte de la Península, se alza la altura soberana de los Picos de Europa. En los valles, caseríos y pueblecitos pintorescos, y entre ellos, cerca del río Deva que discurre entre piedras grises y breñales, perfumado por los brezos silvestres, está Lebeña de Liébana, pedazo de mundo rural, antiguo señorío del Marqués de Santillana. A poca distancia de Lebeña, otra aldea: Armaño. Casas y setos, árboles y vacas, y pintorescos alrededores.

En ella, la casa solariega de los Arenal, donde vivirá Concepción cinco años decisivos de su vida. Su cuarto tiene un balcón que da a una huerta de frutales y en las mañanas le llega el tibio sol del norte de España.

Por ese balcón mirará la niña la lejanía umbrosa del paisaje, con ojos precozmente abiertos al ensueño, mientras la abuela se asusta de su triste mirada.

A los doce años lee cuanto encuentra. En el desván de la casa solariega abundan los libros de derecho que el padre dejó y un ejemplar antiguo del Quijote, que influye en el espíritu de la niña por la humanidad del héroe de Cervantes. También ella pasará su vida "desfaciendo entuertos", sin descansar, tomando en sus manos el cetro de la justicia social. Estos años de su vida formaron su sensibilidad, y en la soledad, con la tristeza enlutada de su madre, se forma la maravillosa personalidad que nada ni nadie había de doblegar en su recto camino de hacer el bien.

Cuando habla con su abuela le dice que quiere ser abogado, late en ella el complejo paterno, inconscientemente sueña con romper argollas y que el mundo viva bajo un ideal de justicia y libertad. No sabe que quiere ser apóstol. Vive en perenne llaga de amor humano por el dolor ajeno: quiere ser el defensor del desvalido, del indefenso señalado por el infortunio, y toda su

vida queda desde entonces y de una manera inconsciente, trazada sin vacilar.

La montaña influye en ella extraordinariamente, porque la ama como a sus sueños, como ama la sombra doliente de su padre, y ha de abandonarla a los catorce años. Algunos amigos y parientes han conseguido que su madre se establezca en Madrid, para la educación de sus hijas. A Concepción le parece maravilloso porque ella intuye que podrá realizar sus sueños. Estudiar, profundizar los temas que la subyugan. Siempre llevará con ella el paisaje de la montaña lo mejor de su infancia: en la ciudad esperan los libros, el amor y la guerra civil.

El año de 1837, ya tiene Concepción diecisiete años. Es para ella un año decisivo, también lo es para el romanticismo español. En ese año, estudia, lee y comienza a perder las ilusiones juveniles, se casa su hermana y muere la abuela, asistida por ella, en la casona de Armaño. En el año de 1841, se encuentra de nuevo en Madrid, en la facultad de Derecho, y es la primera mujer, en su época, que asiste a la Universidad, y acude vestida de hombre porque los estudiantes le tiran piedras; tal era el estado de cultura de la juventud española en esos tiempos. A ella no le importa romper los moldes trillados para la mujer: las labores de aguja, los idiomas y las lecturas de novelas románticas. Quiere ser algo más que un objeto, se atreve a querer pensar.

Concurre también vestida de hombre a las tertulias literarias, se ha cortado el pelo, supremo atrevimiento en la sociedad española del siglo XIX, y se entera y opina en las intrigas políticas. Con todo, no excluye el amor de su vida, y en este tiempo conoce al periodista Fernando García Carrasco y se casa con él. Ya tiene veinticinco años, y hasta que pasen diez, no escribirá tratados de moral ni cartas a los presos, sino poesías, artículos literarios y también políticos, en los periódicos liberales. Su marido es una figura de avanzada del liberalismo. Juntos trabajan y colaboran y editan el periódico “La Iberia”. Asiste a las tertulias de los cafés. Nunca será una mujer frívola. Es romántica sin cursilería y pone en su obra su corazón, porque “estudiaba y trabajaba como un hombre, pero amaba como una mujer muy delicada”. El amor es para ella una dulce congoja. Así ama a su marido, así la quiere él. Pero el tiempo es

implacable y a los treinta y cinco años se encuentra de nuevo con la muerte y otra vez en el destierro. Ha muerto su marido, y los artículos de fondo de la Iberia, firmados por él, han sido casi siempre escritos por Concepción. Gracias a esa circunstancia, el director le permite seguir escribiéndolos con el asombro del público que no puede creer que sean de pluma femenina artículos de tanta fama y envergadura, pero de nuevo llega la incompreensión. ¿Cómo va a seguir el periódico pagando con precio de hombre a una mujer? Por esta razón de tanto peso, deciden pagarle... la mitad, y ella, que tiene dos hijos que educar, ha de retirarse otra vez a la Montaña, en donde puede vivir más fácilmente.

Esta desilusión de su alma combativa no la desalienta lo más mínimo porque pertenece a esa estirpe de almas cuya capacidad de ilusión es inagotable. “Alma quijotesca, apenas curada de una ilusión está dispuesta a enfermar de otra. Alma humana de estirpe genial, que renace de cada desesperación”.

A los treinta y cinco años, desde su retiro de Potes, va a comenzar la verdadera obra de Concepción Arenal: cuando vuelva otra vez a la ciudad pasados cinco años, su voz será la del desvalido, la de la justicia social, sobre los cielos del mundo.

Su primer libro es un drama intenso sobre el destino de la humanidad: se titula, *¿De dónde venimos, a dónde vamos?* Todavía no ha pensado siquiera su obra fundamental: *El visitador del pobre*, pero ya las gentes hablan de una señora que pasa frío e incomodidades para visitar a los miserables. Prácticamente está escribiendo las páginas primeras de ese libro sobre el dolor humano, con su incansable actividad de apóstol, porque en su casona de Potes se dedica a escribir y consolar.

Finaliza su ensayo sobre *La Beneficencia, la Filantropía y la Caridad*. Investiga y trabaja, y define la distinción que ella observa en las diversas formas de practicar el bien: “Beneficencia —dice— es la compasión oficial que ampara al desvalido, por un sentimiento de orden y justicia. Filantropía es la compasión filosófica que auxilia al desdichado por amor a la humanidad. Caridad es la compasión cristiana que acude al menesteroso por amor a Dios y al prójimo”. En las conferencias con señoras caritativas, creen la mayor parte de las veces que sus propuestas son una locura, y es que la alteza del

pensamiento de Concepción Arenal no puede ser alcanzada por las buenas señoras que la acompañan.

En *El visitador del pobre*, expresa su admirable concepto del sufrimiento humano con estas palabras: "¿Qué es el dolor? Es el gran maestro de la humanidad. ¡Qué lección tan sublime encierra a veces una lágrima que vertemos o enjugamos! El dolor espiritualiza al hombre más egoísta, torna más grave al más pueril, lo aleja de las cosas de la tierra. El dolor levanta al caído, abate al fuerte, confunde al sabio, inspira al ignorante y establece un lazo de amor entre los que se aborrecen. Debemos mirarle como un poderoso auxiliar que Dios nos envía para la perfección del hombre, como el sólo cauterio que puede poner coto a la gangrena humana".

En 1860 publica este libro. El apostolado de Concepción Arenal ha comenzado. Obtiene un premio de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, premio que por vez primera se concede a una mujer. En 1863, a los cuarenta y tres años, es nombrada visitadora de prisiones, cargo que ejerce en La Coruña, donde pronto se hace popular, y es entonces cuando escribe su libro *Cartas a los delincuentes*, en el que encontramos esta frase: "Si el presidio tuviera dos puertas y me mandaran poner sobre ellas dos inscripciones, escribiría sobre la una: aquí vienen los que no quieren ser buenos: y en la otra, aquí vienen los que no saben".

Este libro es el primer trabajo de sus estudios penitenciarios que serán más tarde su especialidad. Pero gracias a sus ideas reformadoras, el gobierno decide dejarla cesante, porque los funcionarios viejos no quieren nuevas teorías. Los que han delinquido, ¿para qué tienen que reformarse? ¿Que se pudran en las mazmorras, y así no estorban a la sociedad! ¿Para qué interesarse por su liberación moral y social?

Un nuevo golpe de la injusticia recae sobre esta admirable mujer, pero ella seguirá su labor con mayor fuerza que antes, en lucha contra todo y contra todos para ayudar a los que sufren. Escribe *El reo, el pueblo, y el verdugo*, y se lo dedica a quien la había nombrado inspectora de prisiones, agradeciéndole el cargo que le dio sin conocerla, aunque más tarde fuera destituida.

Y llega la guerra carlista sobre las tierras de España. Corre la sangre y la reina firma su abdicación en favor de su hijo

Alfonso. Concepción deja su actividad penitenciaria para acudir a la urgente necesidad de socorrer a las víctimas de esta matanza tan estéril como ineficaz. En el año de 1870 mientras en París se alzan las barricadas de la Comune, y Espartero rechaza en España el trono que le ofrece Prim, y Castelar declama retóricamente en las Cortes, Concepción Arenal escribe sus *Cartas a un Obrero*, que es un ideario social-cristiano. Pide resignación y caridad, y escribe este pensamiento: “Todo trabajador desempeña una función social: la vida de todo hombre que trabaja es militante, porque es combate continuo contra las fuerzas de la Naturaleza”. Frase que es una acusación al capitalismo individualista, y que en aquellos momentos eran palabras precursoras.

Trabaja incansablemente, publica un periódico, “La Voz de la Caridad”, que ha de vivir catorce años, y cada número es una voz angustiada que clama por subsanar injusticias y dolores, que contempla a diario en la vida nacional. Desfilan por sus páginas los establecimientos que visita y las penalidades que contempla en cárceles, galeras y vidas pobres.

La guerra sigue desangrando España. Está en su fase más dura y cruel. Concepción va de un lado a otro prodigando auxilios y consuelos. Habla, trabaja, recoge donativos, organiza talleres y hospitales, en Cataluña, Aragón. Valencia, Navarra, y en todas pestes deja la huella de su organización. Ahora no es su padre el que combate en las filas de la libertad, sino su hijo, que anda en plena juventud en los campos de batalla y en cada soldado le parece contemplar a su propio hijo que ya no volverá. ¿Qué de extraño tiene que esta mujer señalada por el infortunio, que ha de perder los seres queridos en las luchas por la libertad de su Patria, anatematice la guerra y escriba en su ensayo admirable sobre “El Derecho de Gentes” párrafos tan certeros y amargos, que si se hubieran aplicado un día en la historia del mundo no hubieran ocurrido más matanzas a mansalva, como la que hoy mismo contemplamos?

“La guerra, es a la vez una prueba y una causa de atraso, no sólo por sus atentados contra el derecho de gentes, sino como elemento poderoso de miseria física y moral, de falta de pan y de educación”.

Cuando escribe su manual *La instrucción del pueblo*, da a conocer sus admirables doctrinas respecto al progreso de los pueblos por la educación y la cultura. No olvida tampoco a la mujer, que en esa época estaba en un estado cultural muy inferior al hombre: sus ideas a este respecto son tan avanzadas que cualquier mujer podría ponerlas en práctica casi un siglo después: “La educación debe ser lo mismo para el hombre que para la mujer. Es más urgente aun respecto a la mujer, porque para ella la personalidad es más necesaria y está más combatida por las leyes y las costumbres. Que no hay más que un medio para que la mujer sea respetada y es que sea respetable, para lo que necesita instrucción y carácter”. Y sin duda recordando sus años de estudiante dice que “es gran cosa ver a los señoritos que respetan a las mujeres que van a los toros y les faltan el respeto a las que entran en las aulas”.

Ella ve con clarividencia absoluta a la mujer en los años lejanos y le dedica un libro que titula: *La mujer del porvenir*. Allí leemos: “La mujer puede ejercer todas las profesiones y oficios para los que no se necesite mucha fuerza física ni sea un obstáculo la ternura natural del corazón. La mujer educada será más dulce, más benévola, porque la educación suaviza el carácter hasta de los irracionales. No hay incompatibilidad entre el cultivo de la inteligencia y los quehaceres domésticos: que los hijos, en vez de perder, ganarán cuando la madre pueda ejercer una profesión u oficio lucrativo”. “Queremos para la mujer todos los derechos civiles, que pueda ejercer todas las profesiones y oficios compatibles con su naturaleza. Queremos la independencia de la dignidad, la independencia moral de un ser racional y suprasensible, porque estamos persuadidos de que la felicidad de la mujer no está en la independencia total sino en el cariño. Queremos que sea la compañera del hombre. Sin educarse pudo serlo del hombre ignorante de los pasados siglos; no lo será del hombre moderno mientras no exista entre sus ideas la misma armonía que entre sus sentimientos. Queremos que no se establezcan diferencias caprichosas entre los dos sexos. Las grandes cuestiones se resuelven hoy a grandes alturas intelectuales, y es necesario que la mujer pueda elevarse hasta allí para que no prepondere el egoísmo, la dureza y la frialdad, llevando ella el sentimiento a la resolución de los problemas

sociales, que nunca se resolverán sólo con la razón. Tal es la mujer como la comprendemos, la mujer del porvenir. Por ella será más razonada y más continua la marcha de la sociedad; por ella se acabarán, si es posible, las luchas sangrientas y las victorias de la fuerza; por ella será magnetizado este mundo, tantas veces impenetrable a la palabra vida”.

Así ve a la mujer del porvenir. ¿No es una certera visión de estas mujeres de hoy, que son las que Concepción Arenal había previsto hace tantos años, “como mujer de transición con todos los defectos y desdichas de quien vive en medio de la lucha entre el pasado y el porvenir?”

Concepción Arenal tenía la capacidad intelectual de un hombre muy inteligente y el sentimiento de una mujer muy delicada, de esta fusión de elementos surgía su admirable alma, su visión tan aguda de todos los problemas sociales, que en su época y en la nuestra están por resolver,

Cuando una de estas vidas pasa por el mundo, deja siempre la firme huella de su personalidad: cuanto más tiempo pasa, más se perfilan sus características esenciales, de las que extraemos enseñanzas y ejemplos aplicables a nuevas épocas. De Concepción Arenal tenemos presente su valor ante la vida, su personalidad acusada, que la hizo llevar a cabo una de las tareas más ingratas de todos los tiempos: “desfacer entuertos”, pero esto, en la admirable mujer gallega, era además de aventura romántica de su alma genial necesitada de hacer el bien por el bien mismo, una directriz de su equilibrada mentalidad, para la que estudió y trabajó toda su vida. Una vida consagrada al trabajo y a hacer el bien, no puede producir sino grandes frutos, en cualquier época y en cualquier momento. Vivió en años de efervescencia política de su patria, y también de grandes incomprensiones, casi podríamos decir que vivió más allá de su tiempo, y que una de las mujeres del porvenir que preconizaba, era ella misma, la que en su casa de las Montañas de Liébana, señaló un camino, el que siempre fue su propio y recto camino.

¿No es admirable que al repasar sus libros, encontremos en sus páginas muchos párrafos aplicables a nuestra vida de hoy, y muchas iniciativas que todavía no se han llevado a cabo? Su voz clamó en el desierto, porque la frívola sociedad española no podía escuchar a aquella mujer que desde un rincón de España

le demostraba sus defectos y le procuraba la forma de corregirlos. ¿Voz de humanidad, o justicia y de mujer? Imposible que fuera escuchada; pero no importa. Hasta nosotros llega. Es la precursora indudable del servicio social moderno, y sus ideas sobre la justicia social, prenden en nuestro sentimiento con la fuerza de las grandes verdades, siempre nuevas y eternas.

LA POESÍA Y LA GUERRA

El hombre, este hombre de ahora, vive y muere, más que nunca, en el perenne estado de soledad, en medio de una muchedumbre, esencialmente solo en el dolor. En su soledad, cristaliza la poesía, emoción espiritual que plasma en palabras que reflejan su existir en el mundo circundante. El hombre pone en el canto su propio ser, sus sentimientos, los que se desenvuelven en determinado ambiente, y produce poesía distinta a la que en otros momentos hubiera producido. Así entabla el perenne “diálogo del hombre con su tiempo”, es decir, escribe la poesía que su época le inspira.

No es el de hoy el hombre estático, sino el que tiene su vida en constante movimiento. No tiene tiempo para el sueño subjetivo, no puede detenerse en él, porque la realidad es fuerza que impulsa su voluntad y sus sueños, demostrando que todo lo que el hombre y el poeta pueden hallar hoy, ha de ser profundamente cruel.

Una época no es un concepto abstracto sobre la que se puede opinar desde un plano unilateral, y menos aún si es la época de convulsión de un mundo en guerra. Si algunos países no la padecen con toda su devastadora crueldad, si son espectadores de los que, sufriendo, avanzan en directrices de estética, en donde la vida tiene un nuevo sentido porque surge de una próxima e inevitable muerte.

El paisaje es subjetivo: la modela quien lo ve e identifica, es bastante exacta la definición del paisaje “como estado de alma”. ¿Dónde está hoy el paisaje en la mayor parte del mundo? Es decir, ¿cómo lo ve y ha de interpretarlo el hombre? Ni espigas, ni árboles, ni flores. Boquetes en la tierra, cañones, huellas de bombardeos, cadáveres y ojos que atisban en las sombras. Ojos de fiebre, hundidos por las privaciones, esa es la mirada del

hombre sobre el paisaje, ese es el paisaje que conmueve su alma.

Otra fuente eterna de poesía es el amor. ¿Qué es, hoy el amor para ese mundo en guerra? Algo que hay que vivir aprisa, porque no hay tiempo para la contemplación romántica. Entre dos momentos, se unen vidas que la muerte desata en plazo breve. Es el amor que hay que abandonar apenas conocido, porque el hombre es ahora guerrero y la guerra lo llama con su apremiante grito de muerte. ¿Qué es la misma muerte? No hay tiempo para pensar en ella, ni para temerla, ni para sentirla llegar. Un minuto, un segundo, apenas son suficientes para dejar de ser. Nunca ha sido más cierto que “para hacer un hombre se necesitan veinte años, y un solo minuto para destruirlo” porque la vida es frágil y nunca ha tenido un sentido más profundo de eternidad. Vivir un minuto, es eso simplemente: vivir. Lo suficiente para experimentar la alegría de un don inapreciable que puede escaparse de las manos en un instante fluido, como el aire, y esas manos, pueden convertirse rápidamente en una masa informe de sangre, de huesos aventados sobre la tierra que se volvió estéril, entre el canto delirante de los cañones. ¿qué es la angustia? El pensamiento de cuanto sucede alrededor, los nervios en tensión, la certeza impresionante de una próxima muerte, el bombardeo constante sobre las trincheras que se van desangrando lentamente, es un momento de lucidez para ver rápidamente deslizarse los felices momentos de la paz, es el deseo de huir de esa locura, y que físicamente sea imposible, es la necesidad vital de matar para seguir viviendo. Esa es la angustia, la muerte, el amor y el paisaje del hombre en guerra.

¿Cómo ha de ser entonces su poesía? La producción del poeta que ha visto derrumbarse casas y ciudades, y cuya vida es la del soldado en la trinchera, acechante, como si todo su ser fuera únicamente potencia física en destrucción. Si piensa en su vida, no sabe cuanto ha de durar, si en su época no sabe tampoco cuál es ni qué va a suceder, si en el amor, es algo distante que le abrasa las entrañas; y escribe poesía con nuevas orientaciones, con nueva modalidad estética, que muchas veces, los que aún viven en los senderos de la paz no aciertan a comprender, porque nada saben de las noches en vela, bajo el estruendo de bombas y cañones, de los sufrimientos morales, de

los nervios en tensión, de la desesperación íntima del hombre a solas consigo mismo, es una existencia que ha destruido su propia vida para convertirla en vida universal.

La época de los fusilamientos en masa, de las persecuciones, de la emigración forzosa de pueblos enteros hacia horizontes de libertad, y como resultado de todo esto, un nuevo concepto del arte, que gira necesariamente alrededor de este nuevo ser psíquico del hombre y del poeta.

De Europa nos llegan la convulsión y el dolor. En ese continente donde hace años no existe tiempo, ni horas, ni vida, una esquina permanece crucificada en el silencio: España. A ella el cupo el trágico destino de ser el primer país que vio desgarrarse su tierra y transformarse la mentalidad de sus poetas, porque eran hombres nuevos y fueron poetas guerreros, poetas espectadores de los grandes dolores de su pueblo. Les dolía el corazón como nunca ante ese desgarrado momento, en el que la historia puso de manifiesto la voluntad del hombre español, y ellos meditaron sobre su sensibilidad agudizada y transformaron en poco tiempo el concepto de su anterior poesía. Desde el poeta más grande de todos, consagrado por la obra y por el tiempo, hasta el más joven, el que escribía con su propia sangre sobre la piedra lisa de las trincheras. Las bombas alemanas caían sobre el suelo español, sobre los niños españoles, ocultas en la noche. Llegaban más recios los aires de guerra, y el mundo callaba, y el corazón de los poetas españoles vibraba en el silencio con su canción.

El mundo callaba, y era el mes de noviembre de mil novecientos treinta y seis. Madrid, enfebrecido de sufrimiento y desvelo, se prepara a defenderse de sus invasores. Sabe que lo acechan pasa a paso, que se acercan, que ya los cañones emplazados en las afueras de la ciudad, bombardean las calles céntricas, los barrios obreros, y las gentes que transitan por ellos reciben los obuses en su propia carne, pero no importa, el pueblo madrileño no se asusta, su historia es vieja y conocida, no será la primera vez que se defiende, e impida a los invasores entrar en Madrid.

Las calles están siempre pobladas de gentes heterogéneas: milicianos, mujeres, niños y ancianos. Cada uno hace lo que puede en esa improvisación guerrera. Cavan trincheras y hondos

refugios, levantan murallas con sacos de arena y barricadas con las piedras, y el siete de noviembre la preparación bélica del invasor fascista, se estrella contra la tenaz voluntad de este pueblo, que no ha sido superada por ningún otro en la historia de la humanidad.

Y en esos días, una de las voces más puras de la poesía española, “marinero en tierra, con su blusa azul ultramar y su cinta milagrera”, Rafael Alberti, canta la defensa de Madrid, en los momentos en que contempla cómo la ciudad se defiende de un enemigo mucho más poderoso y sanguinario.

Madrid, corazón de España,
late con pulsos de fiebre.
Si ayer la sangre le hervía,
hoy con más calor le hierve.

Madrid que nunca se diga
nunca se publique o piense
que en el corazón de España
la sangre se volvió nieve.

No. No se volvió nieve la sangre en el corazón de España, porque ese siete de noviembre fue una de las etapas decisivas en la guerra, como expresión de voluntad de un pueblo, libre hasta morir. Pero la guerra sigue su curso inmutable y cruel. El mundo sigue callando. El pueblo español se defiende como puede. La flor de la juventud se desangra en las trincheras, oscureciendo más la roja tierra de Castilla. En las trincheras también hay poetas, y hombres que cantan, y el viento recoge su canción.

Emilio Prados, el malagueño enamorado del mar “el marinero que bebe en la rosa de los vientos en cristal de bandeja y luna clara”, vuelca su corazón sobre la tierra y publica una carta que dice ha sido hallada en una trinchera del pueblecito de Villaverde, provincia de Madrid, también en ese mes de noviembre de mis novecientos treinta y seis.

Tengo un hermano en el frente
que tú no conoces, madre,
que el hermano que ahora tengo

no lleva tu misma sangre.
Tengo un hermano en Asturias,
otro en Aragón combate,
otro por Andalucía
entre pitas y olivares.
Y otro por Extremadura
tierra llana en donde arden
sin ganados las dehesas
y entre balazos el aire.

Las dehesas sin ganado, expoliadas y rotas sobre el camino
las vidas de los campesinos extremeños, entre balazos el aire,
sin transparencia, sobre nubes de pólvora y estampidos de balas.

Emilio Prados, poeta vigilante sobre el corazón de su patria,
recoge también una de las hazañas más heroicas del sitio de
Madrid. Cuando contemplamos esos momentos a la distancia de
años, que se suceden aprisa, aunque marcaron con su huella
imborrable muchas vidas, pensamos cómo es de distinta
actualmente la guerra en los frentes de combate europeos. Los
tanques, esos monstruos que avanzan implacables destrozando
sembrados, caseríos y hombres, con su poder inexorable y fatal,
tienen ahora la potente oposición de los cañones. El tanque
avanza y avanza, paralizándolo de terror el corazón del hombre de
las trincheras: pasará sobre él, lo destrozará, aniquilará su
pequeña fuerza humana. Monstruo de acero y de fuego, el arma
más temible de la guerra.

En el sitio de Madrid, pueblo casi desnudo e indefenso,
organizado para la vida no para la muerte, y menos para matar,
no había armamento moderno, pero sí llegaron hasta sus puertas
los tanques alemanes. El defensor de la ciudad no tenía nada que
oponer a esta fuerza, que, en avalancha de muerte, se le venía
encima. ¿Nada? Sí. Tenía su cuerpo y su voluntad. Tenía que
defender su tierra. De esta voluntad, de este valor espiritual que
levanta murallas de arena, y las hace inexpugnables, nació el
primer antitanquista de esta guerra: Antonio Coll, y a él le canta
Emilio Prados y le dice:

Antonio Coll, compañero
hombre de sal y tormentas

y corazón en acecho.

Si la guerra cambia la fisonomía de un país, más todavía la del hombre. La vida y el aspecto del hombre de España ya no son los mismo de antes, porque su manera habitual de vivir ha sido modificada bruscamente en un vendaval de sangre y fuego. Es la lucha que le sube desde la tierra por las venas cálidas, y brota del corazón de un poeta el retrato de ese “hombre del momento”. Moreno Villa lo ve así, y lo plasma certeramente:

Botas fuertes, manos recias,
fusil, pistola: es el hombre,
barba hirsuta, barba intensa,
salivas, imprecaciones,
pisar duro, mirar fijo,
dormir vestido: es el hombre.
Es el hombre del momento,
no se ve más que este hombre.
Toda la ciudad es suya,
nada le importa dónde
reclinará su cabeza
con fatigas de diez noches.

Este es el hombre. El de la guerra, el de la lucha, el que ha modificado en un momento su manera habitual de vivir. El hombre que duerme vestido con fatigas de diez noches, el de la barba hirsuta, el del pisar duro, el del mirar fijo: el hombre del momento, empeñado en librar a su tierra, y con ella a su propio corazón.

Manuel Altolaguirre es también malagueño, saturado de mar, del mediterráneo luminoso, que expresa en sus canciones de líquidas transparencias, como el agua y el aire del litoral andaluz. Manuel Altolaguirre es poeta, y también impresor. Tiene su imprenta en su tierra malagueña. “La Verónica” se llama, y en ella se imprimieron los primeros libros de Federico, que pasaron por las manos de un obrero: Saturnino Ruiz. El romance a este obrero es uno de los más populares de la producción poética de guerra.

Estoy mirando mis libros,
mis libros, los de mi imprenta,
que pasaron por tus manos
hoja a hoja, letra a letra.

“La Verónica”, la imprenta andaluza del poeta, hoy en tierras de América, con su dueño; allí quedaron los compañeros en la distancia y unidad fatalidad de su muerte.

Uno de los poetas más representativos es el que escribe en las trincheras con su sangre. La figura firme y juvenil de Miguel Hernández. Su nombre suena familiarmente, es un nombre común en España, y lo oímos como cosa nueva y joven. Si. Joven es el poeta, y pueblo de España también. Fuerte como el aire y los árboles de su tierra, y sus manos amasadas con la piedra y el suelo que trabajó. Llega de las tierras de Levante, con su traje de pana y su libro de poesía: de su poesía que es la palabra transparente y maciza, como cristal de roca tallado en la misma entraña de la piedra. Llega a las trincheras recién iniciada la lucha, y es en la guerra, “un caballero de rocío un pastor, un guerrero de relente”, como él mismo dice. Este guerrero de relente, es también de ideales y vida propios, y tiene el cuerpo clavado como su entraña, en las trincheras de la patria, mientras su voz interpreta el sentir del pueblo, y lleva sus cantos a todos los hombres que con él luchan.

Vientos del pueblo me llevan,
vientos del pueblo me arrastran,
me esparcen el corazón
y me aventan la garganta.

El mismo es viento del pueblo, silbando por las oscuras tierras de Castilla, abiertas a la luz por sus guerreros, sus campesinos y sus poetas. Así este hombre nuevo:

Aquí estoy para vivir
mientras el alma me suene,
y aquí estoy para morir
cuando la hora me llegue,
en los veneros del pueblo

desde ahora y desde siempre.

Entre la vida y la muerte, le queda tiempo para pensar en el amor. Su mujer aguarda con el hijo que ha de nacer, y él en su trinchera modela con la justicia que defiende, la existencia de su hijo.

Morena de altas torres, alta luz, y ojos altos,
esposa de mi piel, gran trago de mi vida.

¿Dónde estará con su hijo la “morena de altas torres, alta luz y ojos altos? Porque este joven poeta, sangre y corazón de la nueva poesía española, el que había nacido libre para cantar junto al aire frío de las sierras, a orillas del Segura, ha muerto cautivo –como ruiseñor encadenado–, en una cárcel de Franco, sin llegar a ver a su mujer, a la que le dice en un arranque de amor y soledad:

Mujer, mujer, te quiero cercado por las balas,
ansiado por el plomo.

Y la guerra sigue y el mundo desangrado se destruye y avanza, y surgen poetas que cantan los momentos de lucha de su pueblo. La nueva poesía, la de la guerra, va llegando con calor de vida y hielo de muerte a nuestra sensibilidad.

Los poetas de los pueblos en guerra, maduran su poesía en el límite del heroísmo y de la muerte. Algunos han quedado en la tierra que defendían y los pueblos del mundo han contemplado surgir ante ellos un nuevo hombre: el que lleva consigo su canción de nuevo acento, de distinta sensibilidad y muere al mismo tiempo por el ideal que canta. Héroe moderno, que está forjando un mundo nuevo y lo eterniza en la belleza y en el canto.

En silencio quedaron en el tiempo, los paisajes inválidos, los que contemplan sobre su suelo la injusticia y la opresión. Día llegará en que sepamos, que en ellos hay voces que callan hasta que puedan cantar de nuevo, y llevar hasta nosotros la expresión cruel de sus actuales sufrimientos. Entre todos los pueblos callan, está la esquina silenciosa de España amordazada, pero

mientras exista en los libres aires de América, una sola de las voces que vivieron su guerra, y a las que les duele hondamente su forzado silencio actual, sabrá el mundo que España sufre y calla sus horas de sangre, para surgir en la voz de sus poetas, como pueblo libre frente a una nueva vida.

Y si la nueva poesía es distinta a la de las generaciones anteriores, si no intuye ni expresa el amor y el dolor con la modalidad de otras épocas, ¿qué importa? En todos los caminos del mundo, el hombre ha puesto su pie ensangrentado, y allí quedan las huellas de su dolor y de su tragedia. La poesía, ahora, como siempre, surge de la emoción humana, voz libre en el filo del aire, para eternizar estos momentos de angustia, en la sensibilidad del hombre futuro.

ROSALÍA DE CASTRO Y LA SOLEDAD

Perfilando el cabo Finisterre, se destaca en la costa noroeste de España la confluencia de dos mares: el Atlántico, abierto hacia las tierras de América, y el Cantábrico, encerrado entre los escollos, acantilados y quebradas, que se encuentran en toda la costa nórdica de la Península.

Esa esquina “fin de la tierra”, realidad de piedra erguida, roca afilada hendiendo el horizonte, último baluarte continental de Europa, es Galicia. La alborada de España, porque así como la región andaluza es un encendido medio día y Cataluña un atardecer sereno, en Galicia siempre parece como si amaneciera con su paisaje envuelto en la suave neblina, diluida de orvallo.

El paisaje gallego es de niebla y sueño. Montañas verdes esquinadas cerca de las costas, en la hondonada de ellas, la suavidad maravillosa de las rías bajas, en silencio, transparentes, quietas. Valles, carreteras sinuosas, caminos enlodados, y las carretas cruzando con su chirriar constante. De vez en cuando, el hórreo erguido sobre los senderos, y en la confluencia de ellos, el crucero abrazando los húmedos valles, en simbólica protección, sobre los típicos escalones de piedra verdosa. Pinares, encinas, castaños y maíz. Tierras prolíficas, agua menuda que oscurece la tonalidad del ambiente, dulcificando los colores en el campo, entristeciendo las calles estrechas de sus ciudades, bordeadas por soportales oscuros, iglesias, clérigos y mujeres enlutadas, mujeres tristes y solas. “Y en todas partes, el olor del paisaje galaico. El singular, el indefinido olor a tierra húmeda, a prados verdes, a rebaños de ovejas, a cercano mar. Y el incesante doblar de las campanas.

Campanas de Bastabales
cando vos oyo tocar
mórrome de soidades.

Muérome de soledades...Esta es el alma de Galicia, la soledad y la melancolía. La gris tonalidad del cielo, la suavidad de los campos, la silenciosa dulzura de las rías bajas, la belleza delicada de sus mujeres. El olor de la tierra, la tristeza de sus

ciudades, y esas campanas que suenan lejos, y se va repitiendo como un eco por valles y montañas, su pausado lamento.

Campanas de Santiago de Compostela, de Betanzos, de Arosa, de Puentedeume. Campanas de Padrón, el pueblecito que lleva la nostalgia dolorida al triste espíritu de Rosalía de Castro, enferma de soledad. ¿De soledad? “Para llenar el mundo, basta a veces, un sólo pensamiento”. Y su mundo, es un pensamiento y un paisaje, en el horizonte infinito de su soledad.

Un manso río, una vereda estrecha,
un campo solitario y un pinar.

Rosalía y Bécquer, nacieron el mismo año: 1837. El mismo en que sufre un golpe decisivo el romanticismo español, por el nacimiento de sus dos grandes poetas, y por la muerte de uno de los espíritus más finos de la época: Larra, que se suicida por amor, prendido a una manecita de niña, el martes de carnaval.

Los dos poetas románticos llegan hasta nosotros en la cercana sensibilidad de su poesía. Ambos fueron ignorados por sus contemporáneos. Aquellos poetas que hacían versos largos y soporíferos, ostentosos, de cuidadas rimas, no podían ver en ellos sino a unos poetas sin relieve, autores de pequeños poemas asonantes, de un modernismo absurdo y desconocido, empeñados en cantar las pequeñas cosas eternas con lenguaje sencillo, captando la emoción a través de cortas poesías en las que la calidad superaba a la cantidad de palabras y expresión.

Y sin embargo... ellos han sido los maestros de nuestra sensibilidad, más cerca de nosotros que todos esos poetas sin temblor de auténtica y verdadera poesía. Bécquer, es el romanticismo pasional del amor, para leerlo enamorados, cuando se da “por una mirada un mundo, por una sonrisa un cielo”. Rosalía, para comprenderla cuando el amor dejó de ser ilusión para convertirse en recuerdo.

Tiempos que fueron, llantos y risas,
negros tormentos, dulces mentiras,
¡ay!, en dónde su rastro dejaron,
¿En dónde alma mía?

Ambos, Rosalía y Bécquer, para ser escuchados a media voz. Rosalía de Castro, vivió prendida “a un mal que no tiene cura”, ese mal la llevó de la mano por los senderos de una existencia nada grata, a solas consigo misma.

Que mi cuerpo de tierra
y mi cansado espíritu,
donde quiera que vaya
van conmigo.

Padrón es un pueblecito a orillas del Sar. Una casa blanca, con un balconcillo de madera, sobre la revuelta maraña de un descuidado huerto. En la estancia del balcón, libros, esteras de esparto y un piso de madera reluciente que cruje y puebla de ruidillos medrosos el silencio de la casa.

Noche húmeda y fría de invierno gallego, despierta por el ruido cercano del mar. El cantar de las horas, y el silencio, sobre la blanca casa, sobre la mujer, que solitaria, escribe, sobre las aguas del río, que los sauces miran pasar:

- las doce y cuarto, y lloviendo...

dice la voz que se pierde a lo lejos, dejando a su paso un calosfrío de tristeza y soledad. Lloviendo... ¿Cuándo no llueve en Galicia?

Rosalía de Castro escribe esa noche entre sombras, en la solitaria casa en que vive. Como siempre, va con ella su negra sombra diluida en la poesía que es ya una canción popular, en su dulce hablar gallego, porque sus palabras y hasta su música, son la íntima expresión del estado de ánimo intensamente triste de la autora.

Calles tortuosas de Santiago de Compostela, la ciudad más gris de España. Carretera de Conjo, casa de Camino Nuevo, en donde una noche oscura y lluviosa también, nace la que había de llevar el paisaje y el alma de Galicia, a la sublimación eterna de la poesía, y nace con el baldón a modo de pecado original, de no tener apellido paterno. Su madrina la lleva a bautizar, y más tarde, se conoce el nombre de su madre. Es una gran dama que se oculta en la sombra. Nace predestinada a una existencia entre

el dolor y la soledad. Ha de sufrir mucho en el transcurso de su corta vida, y quizás por eso es la poetisa más profunda de habla española y de su época.

En Padrón, en la casa de Lestrobe vive siempre. Es la casa solariega de los Castro, junto a los ríos Ulla y Sar, plata serena entre los verdes árboles, divergentes ambos, hasta Puentecesures donde se unen.

Rosalía escribe en la dulce lengua gallega, con el sentimiento y la melancolía de su raza. Las mejores poesías, la expresión más alta de su lírica, están escritas en gallego, y en sus libros: *Follas Novas (Hojas nuevas)*, y *Cantares Gallegos*. Es la primera época de su obra. Poesía sencilla, de la llamada de tono menor, a ratos irónica y popular, siempre verdadera poesía. Una de las más bellas:

Campanas de Bastabales
cuando las oigo tocar
muérome de soledades.

La soledad, se yergue en la entraña de toda la poesía de Rosalía de Castro. Las campanas inspiran su soledad, las fuentes y los ríos, los “airiños, airiños, aires”, la gaita gallega, que al sonar hace brotar lágrimas, en esa tierra que es la expresión exacta de otro de sus poemas gallegos:

¿Qué pasa alrededor de mi?
¿Qué me pasa que no sé?
Tengo miedo de una cosa
que vive y que no se ve.

“Tengo miedo de una cosa que vive y que no se ve”. Es el temor supersticioso del espíritu galaico, miedo a las sombras tenebrosas que pueblan las noches y los días de las anchas casonas, el ruido del viento en los castaños oscuros, la olorosa vereda de las playas, los cementerios como el Adina “que dicen es encantador, con sus olivos oscuros y sus clérigos al sol”. Los pueblecitos cuyos nombres le evocan su vida y su dolor: Padrón, Santa María, Lestrobe...

Vida estática, provinciana, lenta, melancólica. Campanas al viento, cipreses, olivos oscuros, ríos transparentes que se mezclan lejos con las rías tranquilas, en el límite invisible del ensueño. Y una catedral, silenciosa y ancha, donde hay una virgen de la Soledad que Rosalía conoce muy bien y desde hace mucho tiempo.

¡A los pies de la Virgen de la Soledad,
de muchos años nos conocemos!

Esta poesía se titula “La Catedral”. El fragmento que antecede es el último, y se puede considerar como una de las poesías más hermosas de Rosalía, escrita como casi todas las suyas en el armonioso hablar gallego.

A orillas del Sar. Este es el título de su último libro; el que escribió en castellano. Los ríos, tienen lugar de permanencia en la lírica española. Son los ríos que van a la mar de Jorge Manrique, o los que Garcilaso encontró a lo largo de su vida azarosa. El Danubio “río divino”, y los más austeros, el Tormes - voz de la fémica inquieta y andariega -, y el Tajo, río toledano y a la vez internacional.

El de Rosalía es el Sar. Las márgenes de ese río pequeño, que riega la campiña de Padrón, dan a su obra la transparencia de sus inquietas aguas y la profundidad de su cauce. El movable cauce que pasa sin detenerse un instante con perezosa lentitud. Es el río en su poesía, torrente que va hacia el mar, sin que nadie pueda detenerlo. “Un manso río, una vereda estrecha, un campo solitario y un pinar”. 'Todo esto es la poesía de Rosalía de Castro, y su misma existencia no es sino este manso río, que va pasando sin cesar, y en su transparente movilidad es la poesía un cristal herido, que vibra y permanece y se diluye, con su frágil textura de luz.

Rosalía de Castro ha permanecido casi en la sombra, en la vida literaria española. Dos escritores han revelado a las nuevas generaciones la exquisita sensibilidad de esta mujer-poeta. Han sido éstos, Unamuno y Azorín. El Don Miguel de siempre, y el Azorín de su primera época, han encontrado la desnuda herida de su profunda melancolía expresada juntamente con la belleza del paisaje natal, con descripción perfecta y delicada forma.

Mujer de incurable tristeza, vivió en soledad llorando sobre el bello paisaje de su tierra, la tragedia de su misma vida. El amor, si acaso existió, fue para ella, como todo, motivo de dolor. Nadie se dio cuenta en su tiempo, de que una voz contemporánea de Bécquer, eterna y melancólica, sensible y profundamente poética, había perfilado los aires de España, desde la dulce Galicia, que impregna su obra de nostalgia y de musicales canciones.

Adiós ríos, adiós fuentes,
adiós, regatos pequeños;
adiós, vista de mis ojos,
no sé cuando nos veremos.

Prados, ríos, arboledas,
pinars que mueve el viento,
pajaritos piadores,
casita de mi contento.

Así comienza una de sus más hermosas canciones gallegas, inspiradas en su tierra y en su soledad.

A la distancia de un siglo, la voz dolorida de Rosalía, llega hasta nosotros, hasta nuestro dolorido ensueño. Llega en la voz de las campanas, en el rumor del viento, en el lejano pinar, en el oscuro sueño de las noches, en la voz doliente de las mujeres galaicas, más solas que nunca con su dolor y su tristeza. En todas las cosas hondas e invisibles, esas “que viven y que no se ven”, a las cuales vivimos unidos fatalmente. A los viejos recuerdos, que duelen como una profunda herida, cerca de nuestro anhelo, en la hondura de nuestra propia soledad...

En todo estás y tú eres todo,
para mí, y en mí misma mores,
no me abandonarás nunca,
sombra que siempre me asombras.

Sombra y soledad. Inseparables compañeras de una voz lírica, de las más puras que el siglo XIX dio a España. La dulce voz de Rosalía de Castro.

JUAN MARAGALL O EL ALMA DE CATALUÑA

Un pueblo

En el conjunto de pueblos que denominamos España, se destaca el perfil definido de Cataluña. Su paisaje, sus costumbres, su hablar, tienen características esenciales que la diferencian de los demás pueblos hispánicos. Sus escritores y poetas han expresado la íntima esencia del pueblo catalán. Nacido entre la montaña y el mar, dos formas destacadas de su paisaje, lleva en su espíritu la mescolanza de la prudencia montañesa y la exuberante vitalidad marina.

La familia, edificada en sólidos principios, y con ella, la casa, que se conserva de generación en generación, tienen fuerte arraigo en la vida catalana. La casa “pairal” o sea paterna, desde el momento que se edifica, será “pairal” hasta la última generación. Esta modalidad evoca enseguida la imagen de un pueblo altamente conservador de sus valores íntimos, pero no por eso menos generoso en su ayuda vertida al exterior. Sin herir la susceptibilidad de otros pueblos, podría decirse que el catalán es de tan altas cualidades morales, que, en su conjunto, forma un pueblo perfecto. Progresista, siempre a la vanguardia de las reacciones populares contra cualquier sistema de gobierno u organización que intente socavar los derechos que mantiene a toda costa. En el orden del trabajo, posee las fábricas y organizaciones industriales de mayor perfección de la Península. El índice de vida general, en circunstancias normales, es también el más elevado. Y sus ciudades, especialmente Barcelona, son de las más avanzadas del mundo. Abierta su frontera a los aires internacionales de Europa, es el camino por donde transitan hábitos culturales que también le llegan de otros continentes por el camino del mar.

Un paisaje

El catalán abre los ojos ante un maravilloso paisaje. No es la cegadora luminosidad de Andalucía o levante, ni las brumas

nórdicas, ni la áspera llanura de Castilla, sino un paisaje suave, de luces claras, en donde la mano del hombre ha modificado, en algunos casos, su perfil. Los montículos son labrados hasta la cima, y las viñas se alinean en toda su extensión. Las sierras inaccesibles están pobladas de pinos o abetos según se encuentren al borde del mar o en tierra adentro. Las llanuras, sembradas con pulcritud y bordeadas de árboles frutales, subrayadas en las costas por un mar intensamente azul. Es tierra rica y bella. Rica para la agricultura, hermosa sobre toda ponderación.

Montañas altas, nevadas sierras. Entre el azul brumoso de las cumbres, las flores amarillas de la retama. En las rocosas soledades pobladas de historia, las hondas gargantas de las montañas del Bruch, con una carretera sinuosa al fondo, que cruza y se pierde en la lejanía...

Artistas como Vayreda, han dejado prendida en sus lienzos la emoción plástica de las tierras de Olot. La desolada hermosura de ese trozo de campo en pleno otoño. Un airecillo sutil, unos árboles de copa desnuda, cuyas ramas desiguales, sin hojas, de oscuras tonalidades, se yerguen retorcidas hacia el horizonte.

Por contraste, el Vallés, con todos los matices del verde. Tierras fértiles, entre bosques de olorosos pinos, y al fondo en las montañas, las rocas pétreas del Montserrat.

En la costa, una carretera sin notoriedad, que parece que no va a ninguna parte. Sin embargo, va a parar a un pequeño pueblo de la Costa Brava, uno de los lugares más bellos de la tierra. Va a parar al mar azul mediterráneo, a la bahía de un pueblecito de pescadores del Ampurdá.

Cerca de Barcelona, la inmensa ciudad gótica que nace en las montañas y muere a la orilla del mar, surge de repente un remanso de agua al borde de una carretera, ignorado, entre la tierra roja y las lisas piedras. Un arroyuelo que cruza un puente gótico, y rodean montañas verdes, y pintorescos valles salpicados de almendros florecidos, el árbol catalán por excelencia.

Y limitando la tierra catalana se alza majestuosa la impresionante cordillera de los Pirineos, dominando inmensos prados, arroyos y torrentes de agua impetuosas, y pequeños pueblos de una vida patriarcal.

Un poeta

El pueblo y el paisaje catalán, es decir, el alma de Cataluña, tienen su perfil bien delineado en la forma intangible del arte. Pintores, poetas y escritores de estilo y lenguaje propios, han lanzado a los vientos la verdad sobre su espíritu y sus bellísimos paisajes. Entre ellos, y destacado entre los primeros, Juan Maragall.

Maragall comprendió el sentido de la vida del pueblo en que nació. Una Barcelona de un fin de siglo, con su aburguesada vida ciudadana, y en el seno de una familia acomodada, industrial, cuya forma de trabajo era relativamente fácil. No tuvo infancia angustiada ni vida de preocupaciones. Trabajó en el periodismo de entonces, y sin grandes choques emotivos ni dificultades económicas, dispersó el espíritu a su alrededor y descubrió el sentimiento anímico del paisaje catalán y del hombre que vivifica ese paisaje.

Cómo tendido en tierra, me complace
ver, en suave pendiente, ante mí un prado,
bien verde, bajo un cielo bien azul

Esquemáticamente describe así una característica del paisaje, y una modalidad de su alma: la contemplación. Toda su vida será ya contemplación de sí mismo y de la tierra que le rodea, e irá descubriendo, poco a poco, la entraña, el impulso vital de las cosas, irá plasmando en su poesía las emociones que le produce la infinita belleza del país natal.

Empuñando el bastón, con la mirada
los horizontes abarcar me gusta.
Sentir en mí, la inmensidad del cielo
y la gran soledad de las montañas.

No canta el paisaje intuitivamente, sino que se adentra en la forma tangible en el corazón de la Naturaleza, escuchando su

hondo palpitar, su propio existir, en el silencio majestuoso de las sierras.

Una de sus poesías más famosas es “La vaca ciega”. Posiblemente el poeta, recostado en uno de los valles del Pirineo que tanto le complacían, estuvo observando y plasmó en palabras la odisea:

topando contra un árbol y otro árbol
a tientas acercándose hacia el agua
viene la vaca siempre sola. Es ciega

Ante la noche primaveral, que es como un renacer después del frío invierno, exclama extasiado:

Noche de luna de abril,
noche quieta y luminosa
¿Quién dirá lo que es el cielo
de una noche de abril quieta?

Una de sus más deliciosas poesías breves, es el poemilla “Sol, solet”, en donde describe la alegría de un niño enfermo a quien el sol acaricia en húmeda, estrecha calle, de las que abundan en la Barcelona antigua y que él conocía tan bien, comprendiendo el sentido del dolor de las gentes que apenas ven el sol que no puede penetrar las altas paredes de angostas callejuelas.

El domingo siempre es triste en la ciudad. Tiene algo de vacío espiritual, impresión de algo inanimado. Maragall describe así una mañana de domingo:

Quien no tenga en la ventana
dos tiestos de hermana flores,
una jaula con un pájaro
y un corazón con amor,
no sabe lo que es la dicha
ni podrá saberlo nunca.

Los Pirineos con su vasto paisaje, tan adentrado en su alma, son fuente vital de inspiración. Las noches silenciosas de las

montañas, las sombras lejanas, la impresionante soledad, motivos que hieren su sensibilidad. Capta la silueta delgada de un almendro al pie de la sierra.

En el filo de la sierra
veo un almendro florido.

Y presiente la sombra erguida de las altas montañas:

La montaña, alta, alta,
que me tapa todo el cielo,
se me acerca inmóvil, rígida,
centinela nuda y fuerte.

Y otra vez el árbol catalán, aparece en la poesía de Maragall impresionado por su delicada blancura:

Por vez primera y dulce, la blancura
de los almendros, hoy me ha sorprendido.

En su poesía de paisaje no puede faltar el mar. La línea intensamente azul que subraya la tierra de Cataluña es parte de su vida. Un poeta catalán tiene que sentir el mar y plasmarlo en su poesía.

Se desata el viento
y todo el mar canta.
Mar bravo, mar verde, mar espumante.

El mar de Cataluña, enardecido, diluyendo en espuma blanca contra las rocas de la costa, su verde inmensidad. Y el mar de invierno en la playa desierta:

Cielo azul, mar azul, playa desierta,
amarilla de sol. El mar te canta.

Y otra vez tierra adentro:

Todo parecía un mundo

En flor; y el alma era yo.

Así comprende la primavera entre valles y montañas.

Yo el alma perfumada de los prados
que gozaba en abrirse y ser cortada.
Yo alma de bosque con rumor de mar,
que tan lejano está en el horizonte.

Visión poética de un bosque en primavera, cuando el viento roza las copas de los árboles y produce un murmullo de mar lejano, y el aire está saturado de perfumes silvestres, entre los que destaca el olor penetrante del romero. Y entre el murmullo surge la cantarina voz de una esquila que dejan los rebaños al pasar.

Yo el alma sosegada del rebaño,
en la umbría semiocultas sus esquilas.

Y otra vez las montañas pirenaicas:

Asomado en el gran balcón airoso
de lejos te he cantado, Pirineo.

El amor

Juan Maragall también canta el amor. Un amor que no tiene resonancias de pasión ni de tragedia. Es el poeta de la emoción sencilla, del efecto tranquilo y profundo. Siempre ve a la mujer rodeada de un nimbo de dulzura, con aire virginal, y la canta con acento enamorado, o siendo esposa, esperando dulcemente al hijo que ha de venir. No conmueven al poeta las grandes tragedias sentimentales, el temblor doloroso del espíritu desgarrado de amor humano, ni la morbosa complacencia del “morir de amor”, tan común en otros poetas de su época. Para él, amor quiere decir hogar, afecto seguro y tranquilo, vida sencilla, florecer en un hijo. Quizás por representar estas condiciones amorosas la esencia espiritual del pueblo catalán, para quien la familia rodeada de amor tranquilo y perdurable es

una razón poderosa de su propio existir. Y en el amor, el paisaje suave de la dulce Cataluña.

Bajo las estrellas, de espaldas al mar,
una húmeda mejilla, fresca de rocío
mejilla suave y llena,
es muy dulce de besar.

En su poema “conyugal”, dice:

La flor de los abrazos ya ha granado
llevas como la vid el dulce peso.

Así expresa los sentimientos fundamentales de su alma.

Una danza

La expresión esencial de Cataluña y de toda España, se encuentra en sus bailes populares, que como sus canciones forman el acervo espiritual y artístico del pueblo. Entre los bailes catalanes, la danza que destaca la clara serenidad de su ambiente es la sardana. Maragall captó el sentido estético y espiritual de la danza catalana por excelencia.

La sardana és la dansa més bella
de totes les danses que es fan i es desfan.

Así en lengua catalana, estos versos no pierden su magnífica sonoridad. Son palabras que golpean el corazón al pronunciarlas. La danza más bella de todas,

és la dansa sancera d'un poble
que estima i avança donant-se les mans.

La danza completa de un pueblo que quiere y avanza dándole las manos en alegre fraternidad. La unión espiritual del pueblo por medio de la danza. Poema de los más característicos y profundos de Maragall.

Comprendiendo el poeta como era de íntima en el sentir de su pueblo esta modalidad artística del baile, compuso algunas que se han hecho muy populares, y completadas con la música de grandes maestros catalanes, constituyen una de las más hermosas sardanas que canta y baila el pueblo de Cataluña. ¡Mañanas de domingo en cualquier pueblo o ciudad catalanes! Las parejas avanzan cogidas de la mano, y se trenzan los pies al compás de la sardana. Paisaje y espíritu, mar y montaña, amor y alegría, se reflejan en la música y en las palabras que el poeta escribió pensando, sin duda, en las noches estrelladas, en la soledad de las cumbres silenciosas, en la alegre claridad del mar, en el silbo de un pastor en los valles, en la esquila de ovejas taciturnas, en el grito amoroso de la naturaleza en flor. Así nacieron, l' *Ampurdà*:

Cap a la part del Pirineu
Vora els Serrat i ran del mar
S'obre una plana riallera
Es l'Empordà

y Per tu ploro:

Anem a la muntanya que ara ve el bon temps

A la montaña que ahora llega el buen tiempo, a conocer de cerca las palabras del agua y la clara luz de las mañanas. Gozo panteísta del poeta que alzó su voz entre el fárrago de poesía de su época, para dar a conocer el encanto sublime que emana de la Naturaleza.

Un espíritu

Y contemplando cuanto le rodeaba, sumergido en la belleza de su tierra, vuelve los ojos hacia Dios y desde la raíz más profunda de su espíritu exclama:

Si el mundo ya es tan bello, si se mira
con vuestra paz. Señor, en nuestros ojos,
¿qué más en otra vida podréis darme?

La paz, el sosiego íntimo inspiran este hondo “Canto Espiritual”, y con la expresión de una oración profana, dice que si cuanto le rodea es perfecto, cómo podrá ver nada más hermoso en el más allá. No es la duda de una vida mejor sino la seguridad de haber hallado su plenitud en cuanto le rodea lo que inspira uno de sus poemas más hermosos y profundos.

Y por encima de las bellezas que encuentra y describe en el paisaje de Cataluña, capta el poeta la entraña de su pueblo, cuando en el “Canto a la bandera” dice:

Porteu-me alta i aixequiu-me dreta
al damunt vostre i marxant sempre Avant,
i al vostre cor teniu-me ben estreta,
que el vent és fort i Catalunya és gra.

Porque Cataluña es grande, porque es profundo su espíritu y acendrado su amor, la bandera es el símbolo que une un pueblo con su paisaje, su danza, su idioma y su libertad.

Juan Maragall, poeta del paisaje y del pueblo, alma de Cataluña, se identifica con el sentir popular en una fusión espiritual desbordante de poesía que es a la vez realidad y ensueño.

Y al morir el poeta, al finalizar el año de 1911, en la misma ciudad en que nació, la espléndida Barcelona, cerca de las altas soledades del Montseny.

¡Ay, altas soledades cuán dulcísimas
sois en las llanuras verdes”!

Más cerca aún de los bosques de Vallvidrera:

¡Ay, bosques de Vallvidrera
que perfumes me habéis dado!

“En Barcelona, esencia catalana, en Barcelona nuestra, la gran hechicera” como él mismo la llama, surgieron a la vida llevadas por el aire en las palabras de Maragall, todo lo que

amó: paisaje y alma del pueblo catalán en completa fusión con su nombre.

Decir Juan Maragall es lo mismo que proclamar la belleza de Cataluña, la profundidad de su espíritu, la sonoridad de su idioma, confundidos con el nombre de su gran poeta. Y hoy, por contraste, el desgarramiento doloroso en la profecía de sus palabras:

i al vostre cor teniu-me ben estreta,
que el vent és fort i Catalunya és gran

Viento fuerte del pueblo, impulsando la bandera que es símbolo de su libertad.

